

Palabras de Ortega en Chile



Embajador de España

José Antonio Martínez de Villarreal Baena

Consejero Cultural y de Cooperación

Antonio Fernández-Mazarambroz Bernabeu

Director del Centro Cultural de España

Jesús Oyamburu Fernández

Coordinador General de Cooperación (e. f.)

Rodolfo Báez Salinas

Edición

David Rodríguez Vega

Diseño y diagramación

Francisca Monreal y Francisca Yáñez

Impresión

Nuevo Extremo Impresores

2005 Centro Cultural de España en Santiago de Chile (Agencia Española de Cooperación Internacional)

2005 de los textos, los autores o sus herederos

2005 de las caricaturas y retratos, los herederos de los autores

ISBN:

Impreso en Chile

Embajador de España

José Antonio Martínez de Villarreal Baena

Consejero Cultural y de Cooperación

Antonio Fernández-Mazarambroz Bernabeu

Director del Centro Cultural de España

Jesús Oyamburu Fernández

Coordinador General de Cooperación (e. f.)

Rodolfo Báez Salinas

Edición

David Rodríguez Vega

Diseño y diagramación

Francisca Monreal y Francisca Yáñez

Impresión

Nuevo Extremo Impresores

2005 Centro Cultural de España en Santiago de Chile (Agencia Española de Cooperación Internacional)

2005 de los textos, los autores o sus herederos

2005 de las caricaturas y retratos, los herederos de los autores

ISBN:

Impreso en Chile

Con la intención de rendir un homenaje, aunque modesto, a José Ortega y Gasset en el año en que se cumple el quincuagésimo aniversario de su muerte, el Centro Cultural de España edita este pequeño volumen. Los siete escritos que en él se recogen no existirían si no fuera por las apenas cuatro semanas que el filósofo pasó en Chile a fines del año 1928. Se trata del discurso que Don José pronunció entonces ante la Cámara de Diputados del Congreso Nacional y de varias entrevistas y artículos periodísticos. En todos ellos, así como en otro que extractamos en una nota a pie de página, Ortega habla, ya directamente, ya a través de uno u otro intermediario, sobre Chile y sus gentes, la verdadera naturaleza del arte contemporáneo o las relaciones entre España y el Nuevo Mundo.

Se puede decir que en las páginas de este libro el lector encontrará todo lo que Ortega dijo en Chile o inmediatamente después de estar aquí y de lo que ha quedado algún testimonio, por más parco que sea. En cambio, no hallará en ellas los trabajos del Maestro posteriores a su visita a este país y en los que lo menciona, pues escapan al propósito de esta obra, que solo quiere recordar el paso de Ortega por Chile. Tampoco podemos ofrecerle aquí, pues no hemos sido capaces de encontrarlas, ninguna de las conferencias que este pronunció en Santiago: tres bajo el título de *Meditación de nuestro tiempo* y otras dos sobre *¿Qué es filosofía?*

Quizá arbitrariamente, hemos querido disponer todos los escritos que conforman este libro en riguroso orden cronológico, tarea que no nos ha resultado excesivamente ardua, pues se sabe que Ortega habló ante la Cámara Baja el 4 de diciembre de 1928 y, del resto de los trabajos que aquí aparecen, cinco salieron en la prensa diaria, lo que hace fácil datarlos. No ocurre lo mismo con la entrevista que Tomás Lago publicó en la Revista de Educación en enero de 1929, aunque de su contenido se deduce que se hizo en el mes de diciembre.

Todos los textos se reproducen íntegramente a excepción de los artículos periodísticos, de los que hemos eliminado las entradillas. Además, se ha respetado, en la medida de lo posible, la puntuación de los originales, de la misma forma que ciertas peculiaridades gráficas, como “hispano-americanismo” o “Córdova”, aunque hemos corregido todas las erratas que hemos encontrado en ellos y sea ha modificado la acentuación de unas pocas palabras de acuerdo a las normas ahora en vigor.

Por último, quisiéramos expresar nuestro agradecimiento hacia el profesor Jorge Acevedo Guerra por haber tenido la gentileza de prologar este libro y hacia cuantos nos han ayudado a prepararlo de una u otra forma.

Índice

Jorge Acevedo Guerra Prólogo	7
Anoche llegó a Santiago el ilustre escritor don José Ortega y Gasset	21
Manuel Eduardo Hübner Una rápida entrevista al célebre Ortega y Gasset	29
Ortega y Gasset, encantado de la urbanización de Santiago	39
Raúl Silva Castro Una hora con don José Ortega y Gasset	43
Tomás Lago Cuatro preguntas a Ortega y Gasset	51
José Ortega y Gasset Discurso ante la Cámara de Diputados del Congreso Nacional de Chile	61
“Para mí, Chile es uno de los pocos países deliciosos que quedan”	71

Prólogo

Jorge Acevedo Guerra

Director del Departamento de Filosofía de la Facultad de
Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile

El pensamiento de Ortega no está de moda. Eso salta a la vista de cualquier observador del momento que compare el presente con algunas décadas del siglo XX en que su obra fue patentemente atendida y tomada en cuenta. No obstante, eso no es especialmente grave, por lo menos para aquello que no está de moda, aunque podría serlo para quienes se dejan llevar por la moda y no reaccionan frente a ella. El mismo Ortega lo sugiere: “Pasar de moda es fatal para lo que no es sino moda, mas para una realidad sustantiva, esencial [...] no es coyuntura deprimente sentir que pasó ya de moda. Le parece que en aquel tiempo de su esplendor, cuando todo en torno la halagaba, vivió enajenada de sí misma y que es ahora, al gozar de la general desatención, cuando reingresa en sí propia, cuando es más depuradamente lo que es, tanto o más que en la otra hora egregia, en su hora inicial, cuando era solo germinación secreta e ignorada, cuando aún los demás no sabían que existía y, exenta de seducciones forasteras, vacaba solo a ser sí misma”¹. Tal vez, por tanto, este sea un momento propicio para que la meditación de Ortega sea asumida en toda su envergadura.

El quehacer de Ortega era tan intenso, que en la década de los años treinta del siglo pasado pregunta a los alemanes: “¿Creen ustedes que trabajan más que nosotros los del Sur, por lo menos más que algunos de nosotros?” Su respuesta, referida a él mismo, nos da un perfil de lo que fue su vida. “¿En qué error están ustedes! Yo tengo que ser, a la vez, profesor de la Universidad, periodista, literato, político, contertulio de café, torero, «hombre de mundo», algo así como párroco y no sé cuantas cosas más. Si esta *polypragmosyne* es cosa buena o mala, no es tan

1. *Apuntes sobre el pensamiento: su teurgia y su demiurgia, Obras Completas (O. C.), Volumen V*, Editorial Revista de Occidente, Madrid, 1964, p. 517.

fácil de decidir”². En la enumeración anterior –incompleta, según el mismo Ortega–, no aparece explícitamente la tarea central suya: la filosofía, el filosofar. Y es precisamente esa tarea la que hay que tener permanentemente ante la vista cuando nos referimos a él. Ante todo, Ortega es un filósofo, un pensador. Todo lo demás es secundario en su existencia, y derivado de su decisiva dedicación al oficio del pensamiento. El tema no es de poca monta. Francisco Soler, discípulo de él y de Julián Marías, ha dicho a propósito de eso: “Por lo que uno entrevé, ser pensador no es flojo asunto, y aunque todo el mundo se mueva y sea en una interpretación pensante de eso que, sin compromiso, podemos llamar «la Realidad», *ser pensador*, esto es, haber traído el ser a presencia en las palabras de la lengua materna, tener ideas de las cuales puedan vivir los prójimos, es, en palabras de [...] Heidegger: El Acontecimiento-apropiador, que apropia y destina mutuamente ser y pensar. De alguna manera, todos vivimos de la «luz» acogida en Mundo llevada a cabo por el «gran» pensador; [...] *un pensador* es el acontecimiento de lo Extraordinario”³. Quien vino a Chile en 1928 fue un pensador, y es preciso no perder nunca de vista eso, so pena de trivializar el hecho ocurrido, convirtiéndolo en una anécdota más de nuestra historia. A partir de ahí, se está a un paso de caer en la bagatela o en el chin chin (*Krimskrams*) de que hablaba despectivamente el conde Yorck para referirse a cierto tipo de “historiografía” en el *Epistolario* con Dilthey⁴.

Creo que en ciertos círculos universitarios de Chile había claridad al respecto el año en que visitó nuestro país. Por ello, Ortega fue nombrado Miembro Honorario de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile –a la que pertenezco desde hace cuarenta años–, con fecha 27 de noviembre de 1928, siendo su decano don José María Gálvez. La rectoría de la Universidad de Chile la ocupaba don Daniel Martner, quien entregó a Ortega la distinción correspondiente pocos días después, el 30 de noviembre.

2. *Prólogo para alemanes*, O. C., VIII, ed. cit., 1962, p. 16. Este prólogo no fue publicado en vida del autor. Habría sido escrito en 1934. Apareció por vez primera en la Editorial Taurus de Madrid el año 1958. La edición más completa de él –y ubicado en el lugar que le correspondía–, es la que encontramos en *El tema de nuestro tiempo*, Revista de Occidente en Alianza Editorial, Madrid, 1981 (Colección “Obras de José Ortega y Gasset”, editada por Paulino Garagorri). Esta versión sería idéntica a la que aparece en *Prólogo para alemanes*, Editorial Revista de Occidente, Madrid, 1974 (Colección “El Arquero”, editada por Paulino Garagorri).

3. Prólogo a *Filosofía, Ciencia y Técnica*, de Martin Heidegger, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 2003, p. 53. Trad. de Francisco Soler. Edición de Jorge Acevedo.

4. *Briefwechsel zwischen Wilhelm Dilthey und dem Grafen Paul Yorck von Wartenburg 1877-1897*, Halle a.d.s., 1923, p. 61. Citado por Heidegger en *Ser y Tiempo*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1997, p. 415. Trad. de Jorge Eduardo Rivera (*Ser y Tiempo*, Editorial Fondo de Cultura Económica, México, 1962, p. 431. Trad. de José Gaos. Primera edición: 1951) [*Sein und Zeit*, Max Niemeyer Verlag, Tübingen, 1993, § 77, p. 400].

Recordemos, pues, que en las *Meditaciones del Quijote* —su primer libro, publicado en 1914—, hallamos su famosa frase —que resume en última condensación su pensamiento y que será el hilo conductor de su filosofía—, “Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo”⁵, tesis cuyas implicaciones nos permiten afirmar que ha sido uno de los más grandes representantes de la filosofía del siglo XX.

A partir de este aserto podemos interpretar tanto la vida personal como la vida colectiva. El segundo yo de la frase alude a un proyecto de existencia, que puede ser un programa personal de vida o un proyecto de vida en común de carácter social. Por tanto, desde ella es posible desplegar una metafísica de la vida humana de cada cual y una filosofía sociológica que dé cuenta de los cuerpos colectivos en que estamos insertos. Es lo que he intentado llevar a cabo en mi libro *La sociedad como proyecto. En la perspectiva de Ortega*⁶. Cuando en la actualidad se habla de la relevancia del proyecto de país —y se hace con frecuencia—, se está aludiendo, precisamente, a lo que Ortega llama proyecto sugestivo de vida en común, uno de los componentes del mando, instancia decisiva desde la cual una sociedad se configura. La vigencia del pensamiento de Ortega en este ámbito y en este sentido es patente, aunque habitualmente no se lo reconozca por razones que en otro momento sería de interés, quizás, perescrutar. Apuntemos, por ahora, a una de estas razones: las ideas filosóficas entran en el imaginario social de manera indirecta y difusa, y, por tanto, la mayoría de las personas desconocen su fuente última. Mal podrían, pues, reconocer algo que ignoran. Del mismo modo, sus meditaciones sobre los grados de concordia y de disensión social —que encontramos, por ejemplo, en *Del Imperio Romano*, escrito en Argentina—, habrían sido recogidas, en mi opinión, durante las últimas décadas, aunque no de manera directa y, por tanto, sin que la gente se haya dado clara cuenta de ello y, por esa razón, sin que se haya reconocido tal recepción. Sea dicho de paso, esas meditaciones surgieron, según pienso, de la experiencia de Ortega de la Segunda Guerra Mundial —que él preferiría denominar Segunda Gran Guerra Civil Europea—, y de la Guerra Civil Española, conflictos en los que no estuvo inmerso *geográficamente*, pero que le afectaron profundamente por su cercanía *vital* con él.

En el “Prólogo a una edición de sus Obras” se presenta aludiendo a su ser

5. O. C., I, ed. cit., 1963, p. 322. Véase, *Meditaciones del Quijote*, Editorial Revista de Occidente, Madrid, 1966. Colección “Selecta” de Revista de Occidente. Comentario por Julián Marías. P. 223 (Primera edición: 1957). Esta versión comentada de las *Meditaciones* fue reeditada por la Editorial Cátedra de Madrid en 1984.

6. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1994.

más íntimo —su yo profundo—, y a su realización en el mundo —en la circunstancia—: “Mi vocación era el pensamiento, el afán de claridad sobre las cosas. Acaso este fervor congénito me hizo ver muy pronto que uno de los rasgos característicos de mi circunstancia española era la deficiencia de eso mismo que yo tenía que ser por íntima necesidad. Y desde luego se fundieron en mí la inclinación personal hacia el ejercicio pensativo y la convicción de que era ello, además, un servicio a mi país. Por eso toda mi obra y toda mi vida han sido servicio de España”⁷. Pero no solo de España, podemos agregar. Por lo pronto, y sin pretender agotar la lista, su obra y su vida han sido servicio de Hispanoamérica. Dos textos de su *Prólogo para alemanes* lo indican con toda nitidez. El primero dice: “Alemania no sabe que yo, y en lo esencial yo solo, he conquistado para ella, para sus ideas, para sus modos, el entusiasmo de los españoles. Y algo más. De paso, he infeccionado a toda Sudamérica de germanismo. En este continente ultramarino la cosa se ha declarado con toda energía y solemnidad”⁸. Pero en Alemania se ignora y en España, donde todo el mundo lo sabe, todo el mundo lo ha callado. [...] Durante una etapa yo he anexionado todo el mundo de habla española al magisterio de Alemania. Presento, pues, mi cuenta a los alemanes, pero no para cobrarla yo ahora. En rigor, la había cobrado ya antes: el «mundo» que yo había recibido de Alemania. Era, pues, yo el deudor. Pero esta cuenta demuestra que aquella deuda mía ha sido plenamente pagada, en la medida en que un hombre puede pagar a un pueblo. Estamos en paz y ahora podemos seguir hablando, libres uno y otro para nuestro futuro, acaso divergente”⁹. El segundo suena así: “todo lo que yo he escrito hasta este prólogo, lo he *escrito exclusivamente y ad hoc* para gentes de España y Sudamérica”¹⁰.

Ya estamos en condiciones de vislumbrar que la influencia de Ortega sobre nuestro país es de tal magnitud que difícilmente podría ser sobreestimada. En el contexto de las consideraciones citadas, Ortega agrega: “Hoy España —y Sudamérica, cabría añadir—, se sabe de memoria la cultura alemana. Anda por ella como Pedro por su casa”¹¹.

Pero Ortega no se queda sólo en el ámbito de la cultura, de la filosofía y

7. O. C., VI, ed. cit., 1964, p. 351.

8. Nota de Ortega: Véase la conferencia dada en Alemania en 1930 por Coroliano Alberini, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires: *Die deutsche Philosophie in Argentinien*.

9. O. C., VIII, pp. 25 y ss.

10. Ibíd., p. 18.

11. Ibíd., p. 25. Lo que va entre guiones es mío.

de la ciencia. También sugiere a Sudamérica la participación en un gran proyecto histórico, en el momento en que para él era claro que no solo en Europa había que trascender las formas de vida nacional. Partiendo de la base que sería necesario —y de sobra suficiente, por ahora—, lograr construir la unidad de Occidente, postula que “para que esa unión occidental sea posible es preciso caminar paso a paso y procurar que primero la unión se logre en grupos nacionales más afines”. Explicita esta idea en estos términos: “Occidente ha sido siempre la articulación de dos grandes grupos de pueblos: los anglosajones y germánicos de un lado, los latinos de otro. No será probable la Unidad Occidental si antes no aciertan a convivir entre sí más estrechamente las naciones que forman esos dos grupos”¹². Julián Marías, siguiendo en la dirección de esa manera de pensar, precisa lo que Ortega se limita a sugerir, proponiendo —probablemente tres décadas después que Ortega escribiera el texto recién citado—, un *proyecto histórico para el mundo hispánico*. “La unidad —dice—, es siempre programática, proyectiva. [...] El Mundo Hispánico, teniendo en cuenta su población, sus recursos, su cultura y sus posibilidades plurales, frente a la amenaza del hormiguero y la entropía social, podría ser la concentración humana más fértil y potente del mundo”¹³. Por cierto, este proyecto histórico no tiene ninguna posibilidad de ser asumido en lo inmediato. El sueño de Bolívar —admirado por Gabriela Mistral—, es actualmente solo eso, un sueño. Entre otros factores, hay demasiadas fuerzas internas de Hispanoamérica y externas a ella que no solo no simpatizan con la idea de una unión hispanoamericana, sino que no les convendría en lo más mínimo que se realizara, y tales fuerzas cuentan con el vigor y la decisión suficientes para hacer naufragar fácilmente un programa de vida colectiva como el esbozado. Al menos, por ahora, y probablemente, por bastante tiempo más.

La tarea pensante de Ortega se desenvolvió, *como no podía menos de ser así*, en el ámbito de su circunstancia; es decir, circunstancialmente, en vista de su circunstancia (como, por lo demás, ocurre en todos los casos, más allá de la voluntad del que vive; “quíerese o no”, en expresión que solía usar Ortega). Pero no solo eso. El filósofo tomó *deliberadamente* en cuenta los caracteres de su circunstancia española (y sudamericana, añadamos por nuestra cuenta). En el “Prólogo a una edición de sus Obras” ya citado, de 1932, afirma que una de las metas de su que-

12. “Al Primer Congreso de la Unión de Naciones Latinas” (1953), en *Meditación del Pueblo Joven*, O. C., VIII, p. 449.

13. “Un proyecto histórico para el mundo hispánico”, en *Hispanoamérica*, Editorial Alianza, Madrid, 1986, pp. 252 y 259.

hacer consistió en movilizar a sus compatriotas hacia la luz del pensar. Pero se dio clara cuenta de que esa “propaganda de entusiasmo por la luz mental –el *lumen naturale*–, había que hacerla en España según su circunstancia impusiera”. Allí, “ni la cátedra ni el libro tenían eficiencia social”. El pueblo español “no admite lo distanciado y solemne. Reina en él puramente lo cotidiano [...] . He aquí por qué –explica Ortega–, dócil a la circunstancia, he hecho que mi obra brote en la plazuela intelectual que es el periódico”¹⁴.

Por otra parte, el hecho de contar con una filosofía pensada originariamente en castellano es para nosotros –hispanoparlantes–, de la mayor importancia. No es lo mismo pensar desde una filosofía elaborada en nuestra lengua materna que hacerlo a partir de una filosofía elaborada en una lengua distinta o conocida a través de traducciones. Tenemos una ventaja en nuestro vínculo con Ortega frente a todos los que no tienen el castellano como lengua materna. Y habría que asumirla con el vigor que exige. Con gran perspicacia, Humberto Giannini ha afirmado que “el pensamiento de Ortega, además de su valor intrínseco, posee para nosotros, latinoamericanos, una importancia suplementaria: El hecho de contar en nuestro tiempo con un pensamiento destilado en nuestra propia lengua nos da la seguridad de que somos nosotros, los que vivimos en esa lengua, los que primero podemos alcanzar y hacer nuestro ese pensamiento. Y esto es algo importante. Tiene sus ventajas además, el hecho de que una filosofía nos acoja; que nos llame por nuestro nombre propio y nos obligue, en cierta medida, a meditarlos; a nosotros, que hemos sido algo [...] tímidos para hacerlo”¹⁵.

Otro filósofo chileno, Joaquín Barceló, ha efectuado un reconocimiento análogo. No se puede silenciar la importancia que la labor de Ortega ha tenido para el mundo de habla castellana, declara taxativamente. “Él intentó y logró nada menos que crear un lenguaje de raíz hispánica para el pensamiento que en su tiempo comenzaba a insinuarse en las mentes europeas, de manera tal que este último pudiera llegar a formularse en español. Ello significaba no limitarse a acuñar términos, sino sobre todo hacer nacer en las almas representaciones, imágenes y metáforas que llenaran a esos términos de contenido. Era una tarea poética en el más estricto sentido de la palabra. Los conceptos que no poseen una imagen correspondiente son áfonos, carecen de capacidad expresiva e interpelante. Para ningún lector hispanohablante de obras filosóficas es un secreto, por ejemplo, que

14. O. C., VI, pp. 352 y ss.

15. *Breve Historia de la Filosofía*, Editorial Catalonia, Santiago de Chile, vigésima edición, 2005, pp. 345 y ss.

el estudio de Ortega, dentro de todas las diferencias que puedan señalarse entre ambos pensadores, constituye entre otras cosas un excelente modo de acceder al pensamiento de Heidegger, cuya dificultad terminológica es manifiesta aun para quienes tienen el alemán por lengua materna. Ortega consiguió, en efecto, hacer brotar en nosotros los contenidos imaginísticos indispensables para conferir vida y vigencia a las abstrusas formulaciones germánicas”¹⁶.

Con su metafísica de la vida humana, Ortega dio pie para que surgiera lo que Julián Marías ha llamado la Escuela de Madrid, a la que han pertenecido prominentes discípulos suyos, como José Gaos –el primero de los traductores de *Ser y Tiempo*, de Martin Heidegger, al español–, José Ferrater Mora –autor de un magnífico y célebre *Diccionario de Filosofía*–, y el mismo Marías, quienes influyeron para que la doctrina de Ortega se expandiera por toda Latinoamérica y otras partes del planeta. Ferrater Mora precisa que “es posible considerar como pertenecientes a la Escuela a pensadores cuyas doctrinas filosóficas, en muchos puntos decisivos, son distintas a las propuestas por Ortega. Lo importante es el haber participado en el movimiento de renovación filosófica impulsado por Ortega y Gasset y haber mantenido, con este, la necesidad de que el pensamiento filosófico producido en España esté, según su conocida expresión, «a la altura de los tiempos». En este amplio sentido pertenecen a la Escuela de Madrid filósofos como Manuel García Morente, Xavier Zubiri, José Gaos, María Zambrano, Julián Marías, Luis Recasens Siches. No son, sin embargo, los únicos; pueden agregarse a ellos los nombres de José Luis López Aranguren y Pedro Laín Entralgo, Manuel Granell, Paulino Garagorri, Antonio Rodríguez Huéscar”¹⁷. Por mi parte, y sin pretender ninguna exhaustividad, nombraría también a Francisco Soler Grima, mi maestro, quien intervino en las actividades del Instituto de Humanidades creado por Ortega y Marías.

Pienso que hay que poner de relieve la cercanía de Ortega a nuestros países. Estuvo varios años en Sudamérica –principalmente, en Argentina–, y conoció muchas de aquellas realidades nuestras que solo pueden aprehenderse de verdad viéndolas largamente con los ojos de la cara. Su libro *Meditación del Pueblo Joven y otros ensayos sobre América*¹⁸ –entre otros textos suyos–, dan

16. Prólogo a *Crítica de la razón vital*, de Marcelo González Colville, Ediciones de la Universidad de Playa Ancha de Ciencias de la Educación, Valparaíso, 1990, pp. 5 y ss.

17. *Diccionario de Filosofía*, Vol. III (K-P), Editorial Ariel, Barcelona, 1999, p. 2 241. Nueva edición revisada, aumentada y actualizada por Josep-Maria Terricabras. Supervisión de Priscilla Cohn Ferrater Mora.

18. Revista de Occidente en Alianza Editorial, Madrid, 1981 (Colección “Obras de José Ortega y Gasset”). En esta obra aparece su “Discurso en el parlamento chileno”.

un testimonio fehaciente de esta cercanía, inhabitual en casi todos los filósofos europeos, que solo opinan de oídas sobre nosotros o habiendo pasado vertiginosamente por nuestras tierras –si bien, a veces, lo hacen con un empaque y una seguridad incongruentes con la débil o inexistente base desde la que emiten sus opiniones–.

“Un día un puñadito de páginas, al día siguiente otro, a lo largo de estos últimos años he ido leyendo los doce volúmenes de las obras completas de José Ortega y Gasset, que esta mañana terminé, con una curiosa sensación de añoranza premonitoria. Sé que voy a echar de menos este breve ejercicio cotidiano que, por un corto espacio de tiempo, antes de ponerme a trabajar, me llevaba cada despertar a dar un paseo por el exuberante mundo del autor de *España invertida*”. Así comenzaba en 2001 Mario Vargas Llosa un artículo que tituló “La voluntad luciferina” para referirse a nuestro filósofo. Y después de dar un vistazo muy general a su pensamiento, culminaba su breve y perspicaz comentario con estas palabras que tendríamos que suscribir plenamente (al menos, yo lo hago sin reservas): “Si hubiera sido francés, Ortega sería hoy tan conocido y leído como lo fue Sartre, cuya filosofía existencialista del «hombre en situación» anticipó –y expuso con mejor prosa–, con su tesis del hombre y su circunstancia. Si hubiera sido inglés, sería otro Bertrand Russell [...]. Pero era solo un español, cuando la cultura de Cervantes, Quevedo y Góngora andaba por los sótanos (la imagen es suya) de las consideradas grandes culturas modernas. Hoy las cosas han cambiado, y las puertas de ese exclusivo club se abren para la pujante lengua que él enriqueció y actualizó tanto como lo harían, después, un Borges o un Octavio Paz. Es hora de que la cultura de nuestro tiempo conozca y reconozca, por fin, como se merece, a Ortega y Gasset”.

Respecto del significativo vínculo entre Paz y Ortega, vale la pena leer el ensayo “José Ortega y Gasset: el cómo y el para qué”, que tiene fecha 13 de octubre de 1980, y que ha sido recogido en la obra de Paz titulada *Hombres en su siglo*¹⁹. “Sus libros –dice allí Paz, refiriéndose a los de Ortega–, cuando era muchacho, me hicieron pensar. Desde entonces he tratado de ser fiel a esa primera lección. No estoy muy seguro de pensar ahora lo que él pensó en su tiempo; en cambio, sé que sin su pensamiento yo no podría, hoy, pensar”.

Recordando un encuentro en Madrid con Antonio Rodríguez Huéscar –uno de los mayores orteguianos que ha habido–, el destacado filósofo español

19. Editorial Seix Barral, Barcelona, 1984, pp. 97-110.

Javier Muguerza relata una conclusión a la que llegó con su antiguo profesor después de una densa conversación. “Y en cuanto a Ortega, los dos nos declaramos de acuerdo, aun si quizás cada uno desde su personal e intransferible perspectiva, con la atinada metáfora que el Centenario de su nacimiento había sugerido a José Ferrater Mora, según la cual el pensamiento de aquel vendría a ser para todos nosotros como una alta y robusta cordillera a la que nuestras trayectorias filosóficas pueden acercarse más o menos, cruzarla en diversas direcciones y hasta alejarse incluso de ella, pero a la que no convendría perder de vista so pena de perder nuestro paisaje y con él nuestras mismísimas señas de identidad”²⁰. Me parece que ese *todos nosotros* del que hablaron Muguerza y Rodríguez Huéscar rememorando a Ferrater Mora, involucra no solo a los españoles, sino también a los hispanoamericanos.

Por lo que a mi conocimiento se hace, entre las principales obras filosóficas y filológicas de chilenos (o de extranjeros avecindados en Chile) sobre Ortega habría que contar, al menos, las siguientes: *Estudios sobre José Ortega y Gasset*²¹, de Juan Uribe-Echevarría (compilador y editor); *La metafísica de Ortega y Gasset. I. La génesis del pensamiento de Ortega*²², de Hernán Larraín Acuña; *La metafísica de Ortega y Gasset. II. El sistema maduro de Ortega*²³, de Arturo Gaete; *Hacia Ortega. El mito del origen del hombre*²⁴, de Francisco Soler Grima; *Claves filológicas para la comprensión de Ortega*²⁵, de Guillermo Araya; *Bibliografía de Ortega*²⁶, de Udo Rukser; *Ortega y Gasset. Filosofía, Sociedad, Lenguaje*²⁷, de Juan de Dios Vial y

20. Prólogo a *La innovación metafísica de Ortega. Crítica y superación del idealismo*, de Antonio Rodríguez Huéscar, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 2002, p. 15.

21. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, Tomo I, 1955; Tomos II y III, 1956.

22. Compañía General Fabril Editora y Ediciones de la Universidad Católica de Valparaíso, Buenos Aires, 1962.

23. *Ibíd.*

24. Ediciones de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, Santiago de Chile, 1965. Véase, también, su libro póstumo *Apuntes acerca del pensar de Heidegger*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1983. Edición de Jorge Acevedo. La Segunda Parte y el Anejo de esta obra ostentan una fuerte vinculación con Ortega.

25. Editorial Gredos, Madrid, 1971.

26. Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid, 1971 (Colección Estudios Orteguianos, Volumen 3). A esta obra sucederá quince años después —el lapso de una generación—, la de Antón Donoso y Harold C. Raley, *José Ortega y Gasset: A Bibliography of Secondary Sources*, Philosophy Documentation Center, Bowling Green State University, Bowling Green, Ohio, 1986.

27. Ediciones de la Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 1984. Autores: Juan de Dios Vial Larraín, Raúl Velozo, Óscar Godoy, Jorge Acevedo, Antonio Arbea, Homero Julio, Arturo Gaete, Rolando Salinas y Luis Flores.

otros autores; *Crítica de la razón vital*²⁸, de Marcelo González Colville. Respecto del único viaje de Ortega a Chile, el libro principal es *Ortega y Gasset en Chile*²⁹, de José Moure Rodríguez. A él se suma ahora la obra que tengo el agrado de prologar, debida a los ingentes esfuerzos de David Rodríguez Vega.

Este joven historiador español ha realizado una admirable investigación sobre los testimonios documentales de la estadía de Ortega en Chile. Aplicando al asunto en cuestión las técnicas y criterios metodológicos propios de la ciencia que cultiva ha llegado a óptimos resultados. Explorando en todos los lugares en que pudiera haber una huella significativa que rescatar al respecto –tanto en Chile como en el exterior–, nos ofrece los documentos más importantes a que ha sido posible acceder. Debemos agradecer a su paciencia, tesón, perspicacia y talento científico el contar con una obra que complementa de excelente manera los escasos libros ya existentes sobre el tema –probablemente, solo el ya indicado, de José Moure Rodríguez–. A nuestros agradecimientos, unamos nuestras sinceras felicitaciones a David Rodríguez Vega por tan exitosa como fértil labor histórico-filológica.

28. Ediciones de la Universidad de Playa Ancha de Ciencias de la Educación, Valparaíso, 1990. Prólogo de Joaquín Barceló Larraín.

29. Ediciones Logos, Santiago de Chile, 1988. La obra fue editada con el patrocinio de la Embajada de España en Chile.



Meléndez. *El Diario Ilustrado*, Santiago de Chile, 20 de noviembre de 1928.

Anoche llegó a Santiago
el ilustre escritor
don José Ortega y Gasset

En la combinación transandina llegó anoche a esta ciudad el notable escritor español don José Ortega y Gasset, autor de numerosas obras que han hecho época en los tiempos actuales y que han orientado a numerosos escritores de todos los países.

El señor Ortega y Gasset no representa arriba de 47 años de edad. Es bajo de estatura. Se expresa en un lenguaje muy puro y cuidado, sin afectación. Viene algo fatigado con la travesía y después de sus conferencias que dio en Buenos Aires.

En estas conferencias tuvo un éxito verdaderamente notable, dándose el caso de que la policía bonaerense tuviera que impedir a viva fuerza el acceso del público que no pudo tomar localidades para oír al eminente escritor.

La llegada a Los Andes

En la estación de los Ferrocarriles del Estado esperaban al ilustre viajero distinguidas personalidades, entre las que pudimos anotar al secretario de la Universidad de Chile, don José María Venegas, que iba en representación del Rector, señor Martner; don Antonio Iribarren, decano de la Facultad de Derecho; don Raúl Ramírez, profesor de la misma; al cónsul don Mariano Fábregas y Sotelo, don Álvaro Seminario, cónsul de España en Santiago, don Ángel Gil, presidente de la Cultural Española, Rev. Padre Echarte, el vice-cónsul de España en Los Andes, don Martín Redondo; al gerente de la Sociedad Industrial, y numerosos miembros de las instituciones nombradas.

Una comida

Apenas descendió del vagón, el señor Ortega y Gasset fue recibido por las personas nombradas y por nuestro corresponsal en Los Andes, quien le presentó

el saludo de *El Mercurio*, lo que agradeció en forma muy cordial y efusiva. Instantes después fue invitado a comer a casa del gerente de la Sociedad Industrial, señor Redondo, a quien conocía el señor Ortega y Gasset por haber hecho juntos el viaje de España a América.

Durante la comida se charló en forma amenísima y el distinguido viajero tuvo frases muy oportunas y felices para agradecer las atenciones que se le prodigaban en la primera ciudad chilena.

El señor Ortega nos manifestó que en ninguna parte había aceptado entrevistas, anticipándonos que así como entre los médicos, abogados, etc. debe existir el trato de favor, desea que *El Mercurio*, por su calidad de escritor y porque tiene sangre de periodista, le haga a él igual concesión.

A pesar de este pedido, nuestro corresponsal insistió.

Nos dice que la enfermedad que lo atacó en la capital argentina le había privado de venir antes a Chile, pero que ahora lo hace con gusto, para cumplir el compromiso que tenía contraído de dictar acá algunas conferencias. Su estada entre nosotros será corta, pero cree poder volver de nuevo el año próximo por un tiempo más largo, posiblemente en compañía de Pío Baroja.

Impresiones

Su primer viaje lo hizo el año 1916 a Buenos Aires.

Desde entonces hasta ahora cree que los países del Atlántico han progresado y se han robustecido de una manera formidable, llegando a crear algo que él llama “criollismo”, porque ha podido notar que no existe la igualdad entre los americanos y los hispanos, o sea, en buenas cuentas, que su punto de vista es que no hay hispano-americanismo. El “criollismo” está arraigado en el alma de esos pueblos, especialmente en Argentina.

—Espero, sí—agrega—, conocer Chile para poder formarme un concepto cabal de lo que es y de lo que aquí ocurre. Los chilenos, a través del conocimiento que tengo de ellos, están más cerca de España que otros países; pero no en todo su ser. Sin embargo, España está, como toda madre, cerca de sus hijos, y su mayor orgullo es haber sido capaz de crear una raza fuerte, muchos pueblos, o sea, la tragedia de tener un hijo para morir por él.

Un hermoso símbolo

—Cuando llego a algún país que visito por primera vez, lo vengo a criticar: traigo un gran bagaje de benevolencia, a pesar de que soy un tanto duro, porque estimo que más vale decir las cosas frente a frente y con claridad. La primera impresión que he recibido de Chile es buenísima: al traspasar el túnel internacional vi una casa de piedra y una bandera chilena flameando orgullosa. Entonces pensé que aquí la gente es distinta, que cuando hace su casa da la señal de que nunca se moverá. La casa de piedra señala al hombre.

El ilustre escritor continúa hablándonos de sus viajes, los que, dice, no han sido muchos, pero no los que hubiera deseado (*sic*). En Alemania estuvo mucho tiempo y guarda muy gratos recuerdos de todo lo que allí vio y de la gente con quien trató. No tiene preferencia determinada por ningún país, pero por todos se interesa.

En el trayecto a Santiago

El viaje de Los Andes a Santiago lo hizo el señor Ortega y Gasset en un carro especial que puso a su disposición el Ministro del Interior. Tal como en la aludida ciudad, se renovó nuestra conversación con el huésped, quien, cada vez más animado, contaba sus impresiones y cambiaba ideas acerca de distintos problemas.

En la estación de San Felipe las alumnas y alumnos del Liceo de Hombres (*sic*) vivaron con entusiasmo al señor Ortega y le obsequiaron un ramo de flores rojas con una tarjeta que lleva la siguiente inscripción: “El Liceo de Niñas de San Felipe rinde un cariñoso homenaje al eminente literato señor José Ortega y Gasset, admiración de los pueblos cultos, honra y gloria de nuestra madre España”.

Desde la ventanilla del vagón el ilustre escritor agradeció esta manifestación, y cuando el tren partió de nuevo se renovaron las manifestaciones de simpatía hacia la persona del señor Ortega y Gasset, quien nos expresó que no se imaginaba recibir una prueba tan evidente de que era aquí suficientemente conocido.

En el resto del trayecto recibió otros homenajes, que el maestro supo agradecer con todo cariño y gentileza.

En Santiago

En la Estación del Norte esperaban al distinguido viajero los miembros de la Embajada Española, en cuya residencia se hospedarán; miembros de todas las instituciones y sociedades hispano-americanas, representantes de la Universidad y profesorado, y numerosos paisanos del señor Ortega y Gasset.

Al presentarle los saludos de *El Mercurio*, nos expresó que conocía desde hace mucho tiempo nuestro diario y personalmente a varios de sus redactores.

Objetivo de su viaje

Don José Ortega y Gasset viene por segunda vez a América, en viaje a la Argentina. Traspasa los Andes en viaje a Chile, especialmente invitado por la Universidad y por la colectividad española, que inaugura con tan eminente escritor la actividad de la Sociedad Cultural Española, organismo que destinará su interés principal a la difusión de la cultura hispánica, y sobre cuyos destinos preside la adhesión y ayuda del Embajador de España, señor Méndez de Vigo.

Ortega y Gasset ha permanecido durante algún tiempo en Buenos Aires, donde ha realizado una serie de conferencias: en la Sociedad de Amigos del Arte, y bajo los auspicios de *La Nación*, y en la Universidad de La Plata. Las primeras constituyeron cinco brillantes disertaciones sobre *El tema de nuestro tiempo (sic)*, conferencias en las cuales el pensador repasó todas las posibilidades de la vida actual; las segundas formaron un ciclo de cursos sobre filosofía pura, de las cuales alcanzó a hacer dos y las restantes finalizarán tan pronto regrese a Buenos Aires.

Algunas de estas disertaciones serán las que dé en Santiago, por especial solicitud de la colectividad española y del Rector de la Universidad, señor Martner.

El señor Ortega y Gasset se muestra satisfecho de los primeros resultados de su misión en América. Habla con ponderado elogio de la Argentina, cuya vida ha visto de cerca durante los dos meses que ha permanecido en Buenos Aires, participando de su vida intelectual y social.

El Mercurio, Santiago de Chile, 20 de noviembre de 1928.



Coke. *La Nación*, Santiago de Chile, 22 de noviembre de 1928.

Una rápida entrevista al célebre Ortega y Gasset

Manuel Eduardo Hübner

Estamos en el andén de la estación de Los Andes; unos rieles contiguos centellean bajo una tarde rosada y traslúcida; por estos rieles llegará el transandino; por estos, también, José Ortega y Gasset. Hay cierta nerviosidad en este grupo amigable que se ha reunido aquí: don Álvaro Seminario, cónsul de España en Santiago; don Mariano Fábregas y Sotelo, cónsul de España en Valparaíso; don José María Venegas, secretario de la Universidad de Chile; don José Antonio Iribarren, decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas; don Ángel Gil, presidente del Círculo Español y de la Cultural Española; don Raúl Ramírez, secretario de la Facultad de Filosofía y Letras; el Padre Ecarte, la señorita Graciela Mandujano, pedagoga y periodista; el señor Blanchard Chessi, de la Unión Ibero-Americana; don Martín Redondo, industrial español de Los Andes; el vice-cónsul de España en Los Andes, etc.

Por fin, sin ninguna dificultad, lentamente, arriba el tren. Algunas carrerillas nerviosas, y al poco rato, en el último vagón *pullman*, un rostro pálido y meditativo que reconocemos inmediatamente. Alguien, motu proprio, se ha acercado, y desde los andenes a la ventanilla, ha hecho las presentaciones. Don José Ortega y Gasset sonríe levemente, con una grave cortesía. Luego ha descendido, ha sido estrechado en un círculo, saludado una y mil veces. En seguida, conducido a la casa del señor Redondo, y allí, sentado en el sitio de honor, de una mesa ya preparada. Han volado los minutos y ya estamos en el tren, en un carro especial que se ha agregado al convoy, y que debe conducir al ilustre catedrático español y a sus compañeros. Nosotros, entretanto, como en un sueño, con la atención fija, sin separar los ojos del rostro del maestro, hemos seguido la conversación. Ha hablado el señor Blanchard Chessi, y dicho algunas cosas acerca de literatura. El célebre visitante, con suma cortesía, ha contestado. Luego, con don Juan Antonio Iribarren, han sostenido un pequeño diálogo en torno a la planteación del problema del criollismo.

Don José Ortega y Gasset

Luego, ya instalados en el vagón, don José Ortega y Gasset ha reparado en nosotros, silenciosos, atentos, pertinaces. Se ha informado. Nos ha preguntado:

—¿Pero son ustedes periodistas?

Nos inclinamos. La señorita Madujano manifiesta nuestros deseos de entrevistar al maestro. Este nos ha lanzado una investigadora mirada. Nos sentimos desarmados, irresolutos. Ha dicho:

—¡Pero yo no acepto entrevistas! Aunque soy, también, periodista, no las he concedido, ni solicitado nunca. No vamos, pues, a dar pie a una entrevista. Estamos en un plano cordial de charla.

Nosotros quisiéramos decirle que no se trata de una entrevista; que solo deseamos oírle, verle, sentirle; hemos, rápidamente, pensado: ¿para qué? En seguida, más decididos, avanzamos.

—Nosotros tampoco hacemos entrevistas. Aspiramos a lo mismo: a un momento cordial, cercano a usted; quisiéramos, naturalmente, además, tentar un esbozo de silueta...

Ortega y Gasset, la mirada algo perdida, ha tardado en respondernos, y ha dicho finalmente:

—Pues pueden ustedes decir que soy un hombre pequeñito...

Y, en efecto, lo es; tal vez no lo sea tanto en talla como en la desproporción antojadiza que nos cabe encontrar en esa cabeza amplia, honda, imponente, que habíamos visto en retratos y contemplamos de cerca peraltada en la ventanilla del vagón, y esa figura menuda, fina, pequeña, que descendió al andén y que echó a andar a tranquilos y reposados pasos. Don José es enjuto, es pequeño, es flexible. ¿Por qué, pues, ese halo de majestad que exhala toda la figura? Tal vez sean sugerencias, ideas preconcebidas, novelorías de lector que perfila una irreal figura del escritor preferido. Pero no. Muy lejos de eso; en Ortega y Gasset, abstrayendo toda sugestión, hay esa imponentia del hombre de intensa vida interior. Porque todo esto no se refiere más que a su aspecto. Hay que ir al rostro para encontrar al hombre y la rítmica equivalencia de la obra; rostro noble, atormentado, meditativo; cabeza de pensador, de filósofo, de conductor, espiritual.

Ortega y Gasset, por lo demás, viste como cualquier otro mortal; antes bien, con aliño, con cuidado, con elegancia.

En San Felipe

Estamos todavía “fotografiando” a don José Ortega y Gasset, cuando el convoy comienza a detenerse e irrumpen gritos infantiles en el silencio de la noche. Estamos en San Felipe, y son los liceos de niñas y de hombres que han acudido a saludar al célebre catedrático de la Universidad Central de Madrid. Don José ha caído en una profunda meditación, y es necesario advertirle que le desean saludar. Sale a una ventanilla. Estallan heterogéneos y deportivos “ras”, y don José Ortega y Gasset recibe de manos de una colegiala un ramo de clarines y una tarjeta. Mientras el tren se pone en marcha y continúan los vítores, leemos aquella tarjeta: dice, en primorosa caligrafía: “El Liceo de Niñas de San Felipe rinde un cariñoso homenaje al eminente literato señor José Ortega y Gasset, admiración de los pueblos cultos y honra y gloria de nuestra madre España. San Felipe, 19 de noviembre de 1928”.

Alguien habla del regreso a Valparaíso. Don José se impone que la mitad de la comitiva debe dirigirse a Valparaíso. Exclama:

—¡Pero eso no está bien! No debían haberse ustedes tomado esa molestia. A mí, realmente, no me agrada. Este homenaje de estas chicas, con ser tan cariñoso y simpático, me coloca también en un rango de personaje oficial. ¡Y eso no me place!

La dulzura de Chile

Alguien —nosotros no terciamos en la conversación— pregunta oficiosamente:

—¿Y Chile, don José, qué le ha parecido...?

—¡Hombre! Hasta ahora, una impresión de dulzura. El panorama es dulce y la mirada resbala sin dificultad alguna; presiento que la pupila debe hurgar con amor en este paisaje riente, verdequeante. No he tenido apenas tiempo de ver la tierra chilena. Da una impresión de dulzura contrapuesta a la Argentina, tierra crispada, bronca, tierra de lucha, donde está demasiado presente el recién llegado, el hombre de conquista que agrieta, que surca la tierra con el arado de su esfuerzo. Aquello es una siembra colosal; parece que la tierra estuviera removida por todos

sitios; esta, en cambio, tiene algo de idílico en su verdor y en su paz. Es otro *tempo*, muy diferente al acelerado que sirve de eje a la vida argentina.

El viajero conquistado

—¿Es que no le agradó la Argentina? —pregunta alguien íntimamente.

—¡Oh, no! Por el contrario, me interesa y me atrae ese crisol gigantesco. Siempre me subyugan los países nuevos. Argentina, a pesar de que ya la conocía, a pesar de que no la he encontrado muy cambiada, es para mí otra tierra, distinta de la mía, un nuevo alféizar en donde apoyarme para mirar el mundo. En cada país que he visitado, he aprendido infinitas cosas nuevas. No solo uno llega a ver y conquistar, en sentido íntimo, un país, sino que también a la recíproca, este conquista al viajero; lo invade con rumor sordo de marejadas; asalta su interior; lo enriquece con cosas no entrevistas; en este sentido puede decirse que más intensas son las cosas que no han acontecido. Es necesario, eso sí, recibir, a pleno pulmón, todo el choque con ese mundo nuevo; es necesario saturarse de él; materia, antes que todo, de una máxima porosidad en el espíritu. Por eso es que, realmente, siento haber venido a Chile en esta forma...

Su estada en Chile

—¿De modo qué...? —saltamos todos, inquietos, como adivinando.

—Que no vengo a Chile como yo hubiera deseado venir, como llego a todos los países que visito; con el tiempo necesario para la paz del espíritu y la limpidez de la mirada; para ajustar el ritmo cordial del corazón al compás de vida que aquí debe reinar. Vengo en un viaje fugaz; estoy encadenado a Buenos Aires; he debido interrumpir mis cursos para cumplir con compromisos indeclinables; debo terminar aquellos cursos el 15 de diciembre próximo; no podré, pues, empaparme del sentido radical de la vida chilena; pasaré casi como un fantasma, añadiendo una visión más a mi retina, pero, seguramente, sin aumentar mi corazón...

—¿Cuántos días estará usted, pues, entre nosotros?

—No lo sé. No tengo, en este momento, plan alguno. Mañana espero hacerlo de acuerdo con el embajador. Este ha sido quien, con su gentileza extrema, me ha obligado a venir. Tales han sido sus telegramas y sus cartas: gentilísimas, obligatorias. Y no me conoce. Es un caso extraño y honroso: ¡un diplomático

preocupado de un escritor de su propia patria! De no haber sido por Méndez de Vigo, yo, avaro de un conocimiento futuro, no habría venido a Chile así, en volandas, sin disponer de tiempo para madurar este ritmo de vida, este panorama, esta tierra.

Una pausa

Ortega y Gasset calla. Ha hablado ya demasiado, es decir, mejor dicho, le hemos obligado a hablar demasiado. Todos, por tácito acuerdo, entramos en un silencio expectante. Ortega y Gasset se repantiga en un sillón movedizo; deja reposar su gran cráneo sobre el mullido respaldar; los ojos se cargan de pensamientos como dos baterías de electricidad y comienzan a errar sin moverse, por el techo, por las ventanillas; la mano va y viene por el brazo del sillón, sube hasta la corbata, baja por la solapa; los dientes muerden los labios; los surcos de la frente se hacen más marcados. Ortega y Gasset no advierte que le observamos y se sumerge en un pozo meditativo. Pasan, largos, los minutos. Han pasado, rápidas, las horas. Han quedado atrás, perdidas en la noche, Las Vegas, Llay-Llay. A toda máquina, como huyendo de la sombra, el convoy quiere hendir el horizonte negro. El carro, trasero, coletea horriblemente. Estos barquinazos afectan, indudablemente, al maestro. Pide permiso. Se levanta. Va a descansar unos minutos. Pasan estos y tranquilo, con paso leve, con grave continente, vuelve a ocupar su asiento. Es el momento que elige la señorita Mandujano para cumplir su misión y trabar una extensa charla. Ortega y Gasset es hombre finísimo con las damas: habla con ellas lentamente, con suma suavidad, sonriendo sin despegar los labios; de vez en cuando las cejas se alzan y descienden sin precipitación, como para subrayar algún período más interesante; nosotros, con el ruido del tren, no oímos nada.*

* Graciela Mandujano, en el artículo “Don José, el gran contaminador” (*El Mercurio*, Santiago de Chile, 26 de noviembre de 1928), recoge parte de la conversación que mantuvo con Ortega: “Y él está con todos: escritores, artistas, hombres de ciencia, pensadores. Da conferencias, ofrece cursos de filosofía, escribe, y también viaja. «Porque los viajes», nos dice, «levantan una fuente inagotable de nosotros mismos que de otro modo habría quedado nonata. A América he venido a sentirme rejuvenecido. Porque para mí todo es contagioso: las enfermedades y la salud, la alegría y el dolor, la juventud y la vejez. Esta juventud de un pueblo, juventud colectiva que en América se observa, debe ser más contagiosa que nada. ¿Nadie ha definido lo que es la juventud de un pueblo? ¿Qué hacen los escritores americanos?»

“Después nos fascina hablando del influjo que en nuestras vidas tiene lo que no pasa... Nos dice que los españoles no tienen para qué preocuparse de formar corrientes de simpatía hispano-americana: «Cuídense los españoles de hacer grande a España. Eso es todo, lo demás vendrá por añadidura». Opina que España debe sentirse orgullosa de cada diferencia que se note en la personalidad de nuestras naciones americanas. Son solo una muestra de

Sus obras en prensa

Se produce, largo rato después, otro silencio. Nosotros, quedamente, hablamos, mientras el maestro, en actitud de reposo, abandonándose todo en su sillón, trepidante a la vez en energía interior, se abstrae en quietas meditaciones. No es este, sin embargo, un silencio embarazoso para nadie. Todos comprendemos claramente que a Ortega y Gasset no se le puede obligar a una charla, ni hacerle contestar preguntas lanzadas al azar, ni colocarle temas para que los desarrolle. Algunos, el señor Blanchard Chessi, se han ido al otro extremo del vagón. Un pequeño corredor los aísla. Quedamos en mayor intimidad. Súbitamente resueltos, preguntamos a nuestra vez:

—¿Y no continuará sus tomos de *El espectador*?

—¡Oh, sí! El último, el séptimo, lo dejé en prensa y debe estar ya por aparecer, si no está ya en las librerías.

—¿Y los otros dos volúmenes del *Tríptico*?

—También aparecerán pronto. La *Dinámica del tiempo* se publicará primero en inglés y, casi en seguida, en castellano, por la *Revista de Occidente*. Se publicará en inglés por un compromiso contraído con estos grandes libreros yanquis: los Harpers.

—¿Y el “Paisaje con una corza al fondo”?

—Ese, también, debe aparecer en el curso del año.

—¿No persistió, maestro, en aquella *Introducción a la estimativa o ciencia de los valores*?

—Persisto aún; solo la he aplazado.

—Tiene algunas otras obras en preparación?

—Tengo algunas y gordas; entran, de lleno, en los campos de la filosofía. No quisiera adelantar sus nombres ni sus propósitos. Es necesario, primero, terminarlas.

que fue una madre que supo dar personalidad a sus hijas. Tuvo fuerzas para crear seres nuevos, distintos, que no son propiamente una continuación de su yo. Nos habla de la dulzura del paisaje chileno. Nos convence de que la permanencia del Imperio Chino, a pesar de la diferencia de dialectos que obstaculiza su cohesión, se debe a la escritura con signos ideográficos. De aquí, de allá, encuentra siempre con qué cautivar el interés”.

El hispano-americanismo

Ortega y Gasset hace una pausa. El cónsul de España, don Álvaro Seminario, interroga rápidamente:

—¿Y nos hablará usted, don José, sobre hispano-americanismo?

—¡Vade retro! —dice, dulcemente, el maestro—. De hispano-americanismo no hablo ni hablaré nunca. Yo no creo que haya otro hispano-americanismo que nosotros, los españoles, hagamos las cosas lo mejor posible y las más cosas posibles. Solo cuando volvamos a superar nuestra calidad nacional, solo cuando de nuevo volvamos a ser, a representar algo en cuanto a cultura, a nervio, a raza, la América y los americanos, automáticamente, se acercarán a nosotros. Estamos ahora en un período de contigüidad. En España, en creciente oleaje, aumenta el interés por las cosas de América. Una compañía argentina, por ejemplo, por ínfima que sea, podrá debutar y tener éxito en Madrid. El solo interés de oír hablar criollo les asegurará el éxito. Pero, mire usted, mis hijos, de diez y doce años, dicen ya: “¡macana!”. Este período se debe a la integración de la cultura, al reemplazo de una cultura arcaica, imperfecta, verbalista, por una cultura más dinámica, más actual, de verdadera dimensión vital. Para ello, contra esa cultura, comenzamos a luchar nosotros. Ya está cediendo terreno; ya está, también, por metástasis, acercándose nuevamente la América a nosotros...

El maestro calla. El tren devora el espacio. Comienzan a aparecer las primeras luces de Santiago. Ayudamos al ilustre visitante a ponerse su abrigo. Ya listos, entrando a los andenes, nos despedimos.

—Como usted ve, don José, no lo hemos molestado ni le hemos entrevistado...

—¡Ah, sí! Gracias.

Una marejada de gente, aplastante, sofocadora, coge a don José Ortega y Gasset y lo arrastra hacia el exterior de la estación, entre vítores y aclamaciones.

La Nación, Santiago de Chile, 20 de noviembre de 1928.

Ortega y Gasset,
encantado de la
urbanización de Santiago

En la tarde de ayer pasamos a la Embajada de España con el objeto de presentar nuestro saludo al eminente escritor don José Ortega y Gasset.

Se encontraba en esos momentos departiendo en los salones de la Embajada con un grupo de damas de nuestra sociedad.

El señor Ortega y Gasset empezó por agradecer la versión que ayer publicamos de su interesante conferencia dictada en la Universidad de Chile.

Se mostró complacido del público que fue a escucharlo.

Nos agregó que durante esa conferencia había tenido bastante fiebre, alrededor de 39 grados, y que su salud no se afirma, a pesar de que encuentra excelente el clima de Santiago.

—Hoy también tengo temperatura —nos dijo— lo que me ha privado de salir. Sin embargo, he recorrido anteriormente la ciudad y encontrado aquí bellezas incomparables.

Tienen ustedes unos panoramas espléndidos y, respecto de la ciudad, ha sido para mí una sorpresa su progreso y urbanización. Algo admirable, que habla elocuentemente del empeño de ustedes por embellecer este delicioso rincón.

El maestro se entusiasma porque ha encontrado un tema que es agradable para él.

—También encuentro en Santiago algo de la influencia alemana en sus calles y edificios. Conozco muchas ciudades germánicas y puedo advertir esta similitud.

No queremos fatigar por más tiempo al distinguido escritor y muy a nuestro pesar nos despedimos, agradeciendo su gentileza y el momento de charla que nos ha dispensado.

Sus próximas conferencias

El señor Ortega y Gasset nos expresó que en sus próximas conferencias, que tendrán lugar los días 26 y 28, seguirá desarrollando el tema *Meditación de nuestro tiempo*, que tan brillantemente inició anteayer.

Estas disertaciones se efectuarán en el Teatro Municipal y las invitaciones que se han repartido servirán de entrada para esta sala.

El Mercurio, Santiago de Chile, 25 de noviembre de 1928.

Una hora con don José Ortega y Gasset

Raúl Silva Castro

Las líneas que siguen son el resultado de un espionaje. Don José Ortega y Gasset ha declarado –en la Argentina, en Chile mismo– que no desea entrevistas. Se ha asilado en su calidad de periodista para obtener de estos una dispensa. Sin embargo, su viaje despierta una curiosidad pública insólita, y a esta curiosidad siempre debe reaccionar la mente del periodista. Refiriéndose a Kant dice nuestro escritor, en algún trabajo, que el estudiante de filosofía, el aprendiz de filósofo, lo va a ver como se va a ver la jirafa del Zoológico, los días domingos. Domingos o no, el público chileno quiere ver y oír y tocar, si posible fuera, al pensador español. En esto, todos somos público.

He tenido la suerte de oír y de ver al señor Ortega y Gasset y lo he espiado. El resultado de mi espionaje es este artículo.

El escritor ha pasado la primera cuarentena de la vida. Su estatura es baja. Una cabeza enorme, coronada por una frente grande como un aeródromo y que la calvicie ensancha, es el trazo saliente de su fisonomía. Tiene una boca grande, unos ojos pardos muy grandes, y una gran nariz. Es un sensual. Es un sensual de muy aguda y fina sensibilidad. De lo primero da muestra la calidad jugosa de su estilo, rotundo y flexible. De lo segundo, las perspectivas de su obra, de refinada especiería.

El escritor tiene un cuerpo delgado, unos pies muy pequeños. Es característica en él una fuerte barbilla partida en dos por una arruga en que las antiguas ideas fisionómicas hacían radicar dotes de voluntad y energía.

Habla poco si no tiene ocasión de tocar un tema de su agrado. Su voz es pastosa, llena, con ricas inflexiones. Son bien suyos unos largos silencios en que los oyentes se repliegan para no estorbar con nada el aleteo de sus pensamientos. Pero cuando el asunto lo incita, dice mucho y lo dice bien. Habla con suma convicción. Intercala en la charla escogidas palabras, las mismas que hacen de sus es-

critos una tela mágica de colores que ondea al viento. En cuanto puede entregarse a su genio íntimo, las palabras se remontan como frágiles volantes.

No pretendo reproducir sino como una pálida calcomanía de sus palabras. Los espiritualistas afirman ver a menudo los ectoplasmas, es decir, materializaciones de los espíritus, en sus singulares reuniones. Para convencer a los incrédulos, han instalado en esos simposios cámaras fotográficas encargadas de registrar el fenómeno. Seguramente la grosería del instrumento ahuyenta la magnificencia del espíritu. El hecho es que un ectoplasma reducido a fotografía es una triste nube batida en pliegues como un cortinón y tan irreal como cualquier espectro.

“Pero el ectoplasma –dice el espiritualista– existe y «allí» está”. Yo también afirmo: “Ortega y Gasset habló, y aquí está lo que dijo”.

Sabía que el viaje transandino había resentido un poco su salud.

–¿Se ha mejorado ya? –le dije.

–Todavía no del todo. Tengo un organismo muy sensible a la atmósfera. En las ferias de España se vende un juguete muy popular. Es un frailecito de género que lleva el brazo en alto y, sujeta a él, por dentro, una cuerda tensa de guitarra. Cuando el aire está húmedo, la cuerda se afloja y el fraile baja el brazo. Cuando está seca, se estira, y el brazo sube. Pues a mí me pasa otro tanto. Solo dos veces en mi vida me ha ocurrido caer al suelo, desvanecido, en un teatro, y las dos veces en Buenos Aires. El aire de Buenos Aires me hace daño. Me cuesta mucho aclimatarme. Ahora el paso de la cordillera, cuando ya me había acostumbrado a allá, “me trae de cabeza”.

–¿Nuevos libros? ¿Sus obras anunciadas?

–Precisamente he partido a América cuando comenzaba a hacer algo que no había hecho nunca. Quiero decir, dejar de lado mi labor periodística y ponerme a preparar volúmenes, los muchos volúmenes que tengo anunciados, terminados o a medio hacer. Mis estudios sobre la organización de España deben aparecer luego; algunos de los capítulos que forman este libro se publicaron ya en *El Sol*, de Madrid. También pienso lanzar luego los *Estudios sobre el amor*, libro del cual debo, por cierto, escribir todavía algún capítulo.

–¿Y el nuevo *Espectador*? ¿Y la “Introducción a Hegel”?

–Exactamente, el tomo séptimo del *Espectador* se estaba imprimiendo a mi partida de España. La “Introducción a Hegel”, anunciada primero como prólogo

del libro de Hegel, es más bien una refutación. Los modernos estudios históricos han deshecho las afirmaciones cardinales del filósofo alemán.

Alguien dice:

—La multiplicidad de quehaceres, la dispersión a que se ve obligado el hombre americano...

—Pues esa dispersión me parece muy bien —replica Ortega y Gasset—. Es un carácter propiamente americano y no tiene por qué ser vituperado. Estamos luchando, en Europa también, sí señor, por vencer la especialización. Ese tipo de hombre que ha estado en boga en el mundo durante mucho tiempo, el sabio especialista a la alemana, es una cosa monstruosa. Es preciso que el hombre de ciencia o de letras sea también un hombre de mundo. Que se vista, que haga la vida de los demás hombres. No se puede renunciar a nada. Y esto es una cosa que ustedes los americanos poseen y deben potenciar en lugar de querer vencer.

“Tienen ustedes los americanos una amplitud, una curiosidad por las cosas, muy grande, y eso está muy bien. Pero no se instalan dentro de las cosas para tratar de entenderlas, sino que, en una especie de singular narcisismo, se colocan frente a ellas como frente a un espejo. No parecen interesarles, pues, las cosas mismas, sino su reflejo en ellas”.

Se nombra a Baroja. Ortega y Gasset y Pío Baroja son “entrañables amigos”, y en libros de ambos hay frecuentes alusiones a una larga cordialidad hecha de oposiciones fecundas. Ortega dice:

—Hace poco le presenté en Madrid a Baroja a un noble que deseaba conocerlo. Se trata de un hombre que descende de algunos reyes españoles. Hicieron buenas migas, y en el verano, mi noble invitó a Baroja a pasar unos días en Zumaya. Baroja estaba en su casona de Itzea, cerca de allí, y un día se presentó en el *chateau* de su amigo, de boina y con zapatillas, pretextando que tenía un dolor gotoso en un pie. A la mañana siguiente, se levantó temprano y, sin sacarse la boina con que duerme, se fue a la alcoba de su huésped y comenzó a echarle un discurso: «Pues verá usted, a mí esto de la aristocracia me parece una monstruosidad...».

“Cultiva la impertinencia. A su vez, le divierte infinitamente verse insultado. Una mañana llegó alborozadísimo a verme. Llevaba en la mano un periódico cubano en que alguien le llamaba «grosero buey vasco». Reía como un chico. Creo que ese ha sido uno de los más felices días de su vida. Yo sé que a Baroja se le comenzó a leer intensamente en América cuando escribió en *Juventud, egolatría*

sus curiosas palabras respecto de este continente. Esto habla muy bien de los americanos. Les aseguro a ustedes que Baroja piensa lo mismo que yo.

“Estoy tratando de traerlo a América el próximo año, cuando vuelva yo. No crean ustedes que va a tratar de disculparse. Nada de eso. Desde hace tiempo venía hablando, de resultas de sus arraigadas opiniones étnicas, sobre los catalanes, con su bien conocida libertad de lengua. Alguien le dijo: «Vaya usted a Barcelona, a ver si dice eso mismo a los catalanes». Y Baroja fue, y pronunció un discurso que se ha recogido en sus *Divagaciones apasionadas*. Una invectiva, un aluvión de cosas peregrinas.

“Es, por lo demás, un *causeur* maravilloso. No recuerdo haber tenido horas más agradables en mi vida que las que he pasado en compañía de Baroja viajando por España. Es algo saliente en él una perfecta lealtad. Como no ha tenido mucho dinero para viajar y sí una curiosidad inmensa por ver tierras y conocer gentes, ha tenido que vivir en casas de huéspedes, en Londres, París y las demás capitales europeas que conoce. Pues bien, las novelas que ha escrito en seguida son novelas de casas de huéspedes. Así *La ciudad de la niebla* y las demás”.

La inquietud llameante del porvenir americano atraviesa la conversación como una espina. Los chilenos allí presentes revelan pesimismo por los destinos del continente. Ortega y Gasset asienta su bien meditado optimismo y contagia con él a quienes lo escuchan.

—Cuando el eje de la actualidad del mundo se instale en el Pacífico, como veremos dentro de no mucho, se va a descorrer la cortina que oculta a Chile. Chile entonces va a comenzar a vivir. No hay país en la historia de la civilización que no haya vivido, a la vez, de sus propias fuerzas vitales y del contorno, de la periferia internacional. América ejerce ya en el europeo no solo un atractivo suficientemente poderoso como para hacerlo emigrar, sino, y eso vale más, para hacerlo quedarse en este continente. El europeo que viene a América ya no quiere volver a su país. Ha salido de él con el propósito de hacer fortuna y en seguida marcharse. Pues hace la fortuna y no puede irse. Y esta población desgajada es una cosa enteramente distinta de la que permanece en Europa.

“Son ustedes los americanos pueblos de veinte años, son adolescentes. ¡Ustedes no saben cómo les envidiamos los europeos el no tener historia! Tienen ustedes anhelos de hacer cosas, y empiezan a hacerlas con febril ímpetu. La primera muestra de que un pueblo comienza a tener historia es la disidencia espiritual. En

los Estados Unidos, por ejemplo, hay ya una respetable minoría que se opone, con todas las fuerzas de su espíritu, a los rumbos corrientes. En esa minoría hay personas de tanto valor como Waldo Frank, autor de *España virgen*. Pues bien, una nación vive en cuanto tiene problemas, angustiosos problemas que resolver. Un gobernante de España creía que la vida de su país debía ser una idílica sucesión de días iguales, sin inquietud ni sobresalto. Y fracasó. Fracasó porque los pueblos necesitan de la lucha para vivir”.

Más adelante se habla del arte, y el escritor español toma otra vez, como en su libro *La deshumanización del arte*, la misión de esclarecer el fenómeno.

—Durante todo el siglo diecinueve ha vivido el hombre buscando el naturalismo en el arte. Con una fórmula u otra, ha querido ver, en la pintura por ejemplo, la reproducción de las cosas. Se miraba entonces un cuadro para comprobar la mayor o menor fidelidad de la copia de lo real. Y ha sucedido que el arte ha dado una vuelta en redondo. Nos acercamos ahora al cuadro de un pintor moderno con la vieja manera de ver una reproducción naturalista de las cosas. Y como nos encontramos con que eso no se da allí, salimos a menudo proclamando que no vale la pena de ser visto. Si fuéramos sinceros deberíamos limpiar la retina de todo lo anterior y acercarnos al cuadro para entender el ritmo de esas líneas y de esos colores que no pretenden representar nada.

“Me parece que el arte atraviesa un mal período, una época llena de peligros. Pero no creo que los artistas puedan ser reprochados por lo que hacen. Son fieles a su tiempo, y esta fidelidad es un mérito”.

He aquí la fotografía del ectoplasma. Retoques más o menos la harán variar ligeramente en trazos accesorios. Pero la cámara obscura no puede hacer más para dar al espíritu, a la esencia pura, la corporeidad que tuvo en el instante privilegiado de la materialización.

El Mercurio, Santiago de Chile, 27 noviembre de 1928.

Cuatro preguntas a Ortega y Gasset

Tomás Lago

Las culturas históricas son todas de conformación tradicional; sedentarias, su desarrollo es producto de sus propias obras, su técnica es el resultado de un duro y largo aprendizaje de sí mismas, de errores corregidos y fértiles sacrificios. Los países nuevos en cambio crecen en un mundo donde todo es fácil; no hay más que alargar la mano para coger lo necesario, y aun más de lo necesario si se quiere.

Fuera de toda jerarquía es ineludible admitir que existe una diferencia total entre nuestra situación y toda otra situación histórica. El desparpajo para mirar la vida es un modelo de americanismo o cuando menos debería serlo. Ortega y Gasset se refiere a esto sin duda cuando me dice que su hijo de 17 años parece un americano, que no tiene el menor interés por saber lo que haya ocurrido entre los griegos durante el siglo de Pericles. ¿Qué puede importarle a él la sabiduría clásica, entre los campos de *sport* y sus novelas de aventuras?

—Y es así toda la última generación europea —agrega— vive de tal modo dentro de su época que todo lo que no sea el presente y constituya su vida misma la tiene sin el más leve cuidado. Para mí esto es un síntoma, la Europa se rejuvenece de tal manera que parece que estuviese empezando una era inédita en la historia del mundo. Yo creo en vuestro porvenir, tienen ustedes grandes condiciones inempleadas todavía en estado de latencia. Cuando regrese a España voy a aprovechar un período de descanso que me corresponde iniciar, en escribir un libro sobre el concepto de pueblo joven. En verdad este concepto no había asumido nunca la significancia que ahora tiene, estoy seguro de encontrar en él insospechados hallazgos.

Don José tiene una manera aguda de mirar. Lineal, de agua inquieta, cambia en rápidas sucesiones el fulgor de sus ojos. Algo ocurre en un punto de su frente a cada momento cuando habla.

—¿Cuáles son las posibilidades de un arte americano elaborado con materiales propios? ¿Cree usted que podemos crear una valencia artística, más o menos genuina, original de sentido y medios de expresión? Vivimos de una manera refleja en arte como en todo; sobre el sudamericano pesa un grave estigma de advenedizos; no tenemos tradición. Por lo menos este es el hecho radicado en la conciencia americana cuando se trata de comprometer sus fuerzas en algo trascendente.

—¡Oh, la escasez de tradición! No lo lamenten ustedes demasiado. Los pueblos viven de tener un programa para el futuro. Esto es lo que hay que definir. Es un error buscar en la comunidad ancestral, en el pasado la fuerza decisiva que ha de impulsar una nación. La colectividad se constituye a base de un propósito común, de una misma ilusión y una misma utilidad. Cuando la tradición abarca demasiado trecho dentro del Estado, este se inmoviliza y enferma. En Europa la tradición ha perdido todo su prestigio.

—Por el contrario, nosotros vemos la grandeza europea como el resultado de su contextura tradicional.

—¿Es tan tradicional como ustedes creen Europa?

Le expresamos que esa es nuestra convicción. Sus instituciones sociales lo manifiestan. ¿En qué cabeza americana cabe hoy por ejemplo la monarquía como realidad gubernativa? Mirando el mapa político de Europa, esta parece un cedulaario de abejas, un mosaico de razas y pueblos yuxtapuestos inmediatamente uno junto a otro, ¡sin embargo de qué modo diferentes!, pegado cada cual a sus costumbres, a su idioma, a sus cualidades y defectos. Los países de Europa comparados con nosotros son países típicos.

—Ah, pero ustedes no conocen la Europa de estos últimos años —habla Ortega y Gasset—. Para mí lo ocurrido en ella me parece un fenómeno sin precedentes en la historia de la Humanidad. Hay un remozamiento poderoso de verdadera autenticidad en el organismo europeo, algo que bulle y se manifiesta en todas sus actividades. Europa se rejuvenece. Yo, hace poco, al llegar a la Argentina desde mi patria, me he encontrado con que Buenos Aires parecía una ciudad vieja frente a Madrid. En doce años sucede que no ha cambiado nada, debido sin duda a la crisis que tan gravemente ha postrado a la Argentina. En cambio, vean ustedes cómo Europa entera se moderniza, aburrida de lo pasado se transforma de la noche a la mañana libertándose de toda otra ley que no sea la de la época. La tradición ha

cambiado de lugar en el destino europeo, se advierte con claridad una tendencia hacia el cosmopolitismo, que es decir hacia el progreso riguroso. Porque en esto hay que distinguir: no es lo mismo decir cosmopolitismo que internacionalismo. El internacionalismo es la carencia de virtudes nacionales y significa un estado de debilidad social, en cambio, el cosmopolitismo es una alta actitud humana de perfeccionamiento. La arquitectura de Le Corbusier es producto cosmopolita, no es francesa ni americana, sino moderna.

“En Madrid los planos de Le Corbusier se ejecutan en la actualidad sin llamar demasiado la atención. Sin embargo, no se puede hacer lo mismo en Buenos Aires. Cabalmente, al pasar por esta ciudad últimamente, me decía una señora amiga mía que a ella le han tachado una construcción proyectada por el arquitecto francés”.

—¿Y cómo ve usted a Chile con respecto a la Argentina?

—Les rodea a ustedes un medio natural excelente. Chile tiene un ambiente de valle tranquilo, de atmósfera diáfana. ¡Cómo me gustaría a mí vivir aquí un tiempo, sin ninguna precipitación! Solo compartiendo la vida chilena podría hablar de este país. Porque el que ve en turista las cosas, por más eficacia de percepción que tenga, nunca se compenetra de nada. Sin embargo, yo creo que no me equivoco al asegurar que ustedes tienen un fondo moral superior al argentino (y esto para mí es primordial en un pueblo) derivado de la homogeneidad en que se ha mantenido la población. Las grandes corrientes inmigratorias han enriquecido a la Argentina, pero también la han contaminado.

“En cambio, como estado de progreso cultural, el de la Argentina está muy por encima del de Chile, con toda evidencia. Eso se nota en las conferencias: hay una mejor calidad de público allá que acá. Puede uno medirlo con cierta exactitud al hablar frente a los dos auditorios: ciertas cosas delgadas de frágil estructura dichas ante una concurrencia bonaerense adquieren en seguida su justa resonancia cayendo de cierto modo en la sala. Muchas veces ante un público chileno las mismas cosas pasan desapercibidas o resbalan exteriormente”.

—El público argentino tiene que ser más escogido —decimos—, puesto que es la selección de un mayor número. Además, Buenos Aires es la gran urbe atlántica.

—No es esa la explicación, me parece; es una diferencia de otro origen la que existe. Los argentinos ponen más persistencia en el trabajo, viven su vida de

una manera más esforzada y constante. Ustedes, en cambio, parecen confiados a la Naturaleza, a la providencia fácil y segura. Yo noto aquí un desgano, un dejar hacer en todas las cosas. Además, no crean ustedes que solo en Buenos Aires los argentinos manifiestan su mayor densidad cultural; en Córdoba se hacen estudios filosóficos, de investigación, muy bien llevados.

“¡Cuánta buena condición hay en ustedes! ¡Qué facilidad receptiva poseen para el conocimiento, solo les falta organizarse, encauzar sus atributos, esto es, poner un poco de pasión en las cosas. No olviden ustedes que para toda obra es menester cierta contribución indispensable de fervor. No hay que buscar siempre el valor negativo de las cosas. Yo distingo las estirpes de conciencia, en almas porosas y almas herméticas, es decir, abiertas y cerradas, con porvenir o sin él; es necesario cuidar la porosidad del alma. Esa postura compacta de quien no quiere aumentarse, que es el hermetismo, no es disculpable en un hombre, menos todavía en un hombre joven, y mucho menos aún en un joven americano. Ustedes parecen muy bien dispuestos siempre, comienzan las cosas con entusiasmo, pero se abandonan luego. Es necesario dar la sensación que se vive con frenesí pero de una manera mantenida y pareja”.

Don José se exalta, y nosotros, que sistemáticamente le objetamos su razonamiento, para que él lo desarrolle y complete, esta vez no hallamos qué oponer.

—No obstante lo dicho —prosigue nuestro interlocutor—, justo es decir que he recibido entre ustedes más de una grata sorpresa. No hace mucho, visitando el Salón Oficial de pintura, me he encontrado con una exposición de cuadros modernos, llenos de inquietud y frescura, que están muy bien aquí y en cualquier lugar. ¡Oh, eso es honroso para ustedes!

—Sin embargo, sería un error que usted creyese —advertimos— que las manifestaciones de arte moderno entre nosotros se hacen a poca costa. El Salón se ha clausurado y aún se le discute y se le ataca.

—No se extrañen ustedes, que lo mismo sucede en todas partes. El arte de hoy no será nunca arte popular. ¿Qué mejor sitio que Francia para que triunfase en definitiva? No obstante, ¿se imaginan que Cocteau y Louis Aragon mantienen una situación de éxito en su patria? Ellos viven del extranjero más que de Francia. El arte ha sido siempre privilegio de una minoría selecta. Fue el romanticismo como producto de la democracia que lo puso por primera vez al alcance de la masa. ¿Cuándo, antes de Víctor Hugo, se dio el caso que un autor vendiese

un millón de libros de sus obras? ¿Quién se asombraba de que Racine no fuese popular? Ahora el arte ha vuelto de nuevo a su lugar adecuado, o sea, ha vuelto a ser función de una minoría escogida. Eso es todo.

Ortega y Gasset habla largamente sobre la única actitud debida –de afirmación de valores– ante la reacción que suscita el arte moderno, y se extiende luego sobre las obligaciones que la juventud tiene para la cultura. Nos pregunta con impaciencia sobre la labor de los artistas jóvenes, sus inquietudes e iniciativas, sobre las proyecciones de la Universidad.

–¿Qué opinión le merece a usted la escuela activa? –le preguntamos de pronto.

–Sobre este punto, en verdad –dice el ilustre maestro–, yo no creo que se pueda contestar a primera vista: la escuela activa es buena o la escuela activa es mala. Estas cosas no tienen ningún valor tomadas en abstracto. Eso sí, considero un error que porque un sistema da gran rendimiento en una parte, se le aplique a fardo cerrado en otra. Especialmente la educación necesita para cada caso un método particular. Porque la escuela no es la instalación escolar puesta aquí o allá con estos o aquellos habilitamientos. Para que dé lo que de ella se espera, la escuela necesita estar de acuerdo con lo que la rodea. Su evalúo es intra-escolar e infra-escolar y al decir esto, yo pienso en la instrucción secundaria de Inglaterra, que no enseña casi nada al alumno (para atestiguarlo está la clase media inglesa, donde está el hombre que menos sabe en el mundo), sin embargo, vean ustedes qué temple de hombre estupendo produce, debido a que el medio ejerce presión sobre la escuela, tanto como la escuela trabaja para el medio. Al niño que miente en la calle le sanciona el policía, el transeúnte, el pueblo inglés en suma. De aquí que yo afirme que más que la aplicación de una teoría pedagógica, cuando se quiere sacar el máximo provecho de una generación que está formándose, es menester estudiar minuciosamente las relaciones favorables con el medio en que ella ha de vivir, desarrollarse y crecer.

Nuestra conversación con don José Ortega y Gasset ha tenido altos y bajos, peligrosas alternativas a veces; a veces pasajes de excepción. Durante el transcurso de nuestra entrevista, más que lo hablado por él, hemos debido hablar nosotros, contestando a sus preguntas rápidas e inesperadas, encadenadas con encarnizamiento, una tras otra, siempre hacia el haber americano o el programa de la juventud.

Antes de despedirnos le preguntamos por qué recomendó a Herman Keyserling y no a otro para ser contratado por el Gobierno de Chile, este año de 1929. Su respuesta es la siguiente:

—Keyserling se propone escribir una obra sobre Sud-América, con tal objeto viene al Brasil, Uruguay, Argentina y Perú, y hasta el momento no tenía ningún compromiso con Chile. Para mí, Keyserling tiene como nadie penetración psicológica, como nadie puede resolver en una visión de conjunto, la filiación de un pueblo. Perteneció a ese elemento que ha permanecido fuera del profesorado, extra-cátedra, tan resistido en Alemania hasta hace un par de años, que producen excitación en el ambiente donde actúan, inquietando a los elementos más recalcitrantes. Además, posee lo que aquí hace falta: una gran preparación técnica en todo orden de cosas. No crean ustedes que conmigo se las lleva muy bien: en su último libro, *El espectro de Europa*, no hace sino aludir, contradecir conmigo, pero, yo creo, con Nicolai Hartmann, Max Scheler y la más alta intelectualidad alemana, que es un hombre de mucho talento. Lo recomendé para que no brincase sobre Chile, pero, aun si hubiese tenido que elegir entre todos los maestros alemanes de la hora actual, lo habría hecho siempre, porque Keyserling es todo lo contrario de ese terrible profesor alemán que fuera de la Universidad sigue comportándose como dentro de ella, sin relieve ninguno en la vida, y, que en este caso no es lo que se precisa.

Una vez más estrechamos la mano de don José.

Al retirarnos, una sensación desigual, áspera y sabrosa, de castigo y regalo, ocupa nuestra mente.

Pueblo joven, he aquí un par de palabras cuya significación no tiene quizá más que un contenido sudamericano. Carecemos de pasado, no tenemos leyenda, virtudes, normas consuetudinarias que respondan ciertamente de un destino al cual todos aspiran. Pero también rodeada de vacío, circunscrita de aire, solo puede germinar la más pura aspiración; situada en el espacio libre, solo puede crecer, agrandarse y lucir.

Revista de Educación, Santiago de Chile, núm. 2, enero de 1929.



Bagaría. *El Mercurio*, Santiago de Chile, 27 de noviembre de 1928.

Discurso ante la Cámara de Diputados del Congreso Nacional de Chile

4 de diciembre de 1928

José Ortega y Gasset

Señor presidente, señores diputados:

El honor que esta Cámara me hace permitiendo que se deslice por un momento, dentro de su cuerpo constitucional, mi persona errante, me obliga a tanta gratitud que he querido defenderme de ella, temeroso de no saber adecuadamente corresponderla.

Yo no soy más que un meditador independiente y algo díscolo, un estudioso de ideas, un incitador hacia la vida, que ha eludido siempre toda representación oficial y toda magistratura para mantenerme libre y ágil al servicio de mi apasionada misión, la cual se asemeja un poco a la de aquel personaje de los libros hebreos, que iba por los caminos y por cañadas, que daba vueltas en torno a los muros de las ciudades, voceando: “¡Ay de ti, Sion! ¡Ay de tus mujeres y de tus hijos, si te olvidas del espíritu!”. Hasta que un día, desde una almena, arrojan una piedra, que golpea su sien, y cae entonces, gritando: “¡Ay de mí!”.

A esta sencilla, fervorosa y lírica misión he puesto mi vida, y como mi pretensión no trasciende de ella, el honor exorbitante que ahora se me hace me asusta e inquieta un poco. Y hasta esto me hace pensar si habrá sido inspirado por alguna confusión, por algún error de óptica que hace ver en mi persona rangos y cuantías de prestigio social que me son completamente ajenos, ya que voy por el mundo sin títulos ni atuendos, cantando libremente mi canción. Porque los griegos, de alma tan aguda e irónica, solían decir que es siempre el extranjero un poco divino, sea porque aparece de súbito, sin pasado bien conocido, como escapado de una nube viajera, sea porque al ser hombre de tierras lejanas se beneficia de la óptica de la distancia, que, si en lo físico hace ver a los cuerpos menores, en lo moral amplifica a los seres y los presenta legendarios.

Solo una idea me tranquiliza: la de que sirva mi figura transeúnte para que esta Cámara dé un apretón de manos a una España afanosa y renaciente que,

dotada de novísima energía, vuelve a estos países de que fue madre con un gesto distinto y más joven, de hermana mayor. Solo de esto puedo servir, solo en este sentido puedo aceptar este superlativo homenaje, ya que a esa España joven y a esa historia voy unido.

Y es buen ejemplo la historia, aún breve pero ya fructífera, del nuevo ensayo español para toda la juventud que quiera modificar, en mejoría, la trayectoria de su pueblo. Incitado por el ademán de algunos precursores, hace veinte años un grupo de muchachos resolvimos laborar en la transformación radical de nuestra vieja nación, y, sin apoyo oficial, sin medios regalados, con nuestras propias manos hemos ablandado primero y, luego, dado nuevas formas a la materia anquilosada de nuestra antigua existencia nacional. Y hoy vuelve España a navegar resuelta por el alto mar de la historia. Y yo os invito muy solemnemente a que en los años próximos fijéis de cuando en cuando vuestra mirada en aquella Península, porque ella os proporcionará no pocas sorpresas y algunas corroboraciones. No pido hoy para España ni ternura hacia el pasado ni benevolencia para el presente; pido solo atención y ojo alerta hacia su próximo porvenir.

En la primera conferencia pública insinuaba yo la idea, que me es muy cara, y que dibuja con exactitud el hecho esencial de la vida, según la cual nuestra existencia, en cualquier momento que la sorprendamos, nos aparece constituida, por encima y antes y después de toda disputa sobre determinismo o indeterminismo, por un conjunto de circunstancias que nos obligan, que nos imponen un régimen de forzosidad, esto es, nuestro Destino. Pero ese conjunto de circunstancias forzosas no afecta nuestro vivir de tal modo que deba ir este rigiéndose por una trayectoria ineludible, mecánica, sino que deja siempre un margen a la libre decisión, de suerte que nuestra existencia es en todo instante una circunstancia fatal dada que nuestra voluntad puede tomar en sus manos y empujarla en el sentido de la perfección. No hay vivir si no se acepta la circunstancia dada, y no hay buen vivir si nuestra libertad no la plasma en el camino de la perfección. Esta misma idea está contenida en la hermosa frase que usó el gran pensador alemán Nietzsche, cuando, refiriéndose al poeta, dijo que es el hombre que “danza encadenado”.

Todo hombre tiene que tomar en peso su destino y plasmarlo con su albedrío. Esta no es una frase vagamente alentadora, sino una doctrina, a mi juicio, esencial y verídica.

Cuando no se ha reflexionado bastante, se cree que la vida ideal fuera una

existencia horra de angustias y problemas, un puro flotar en un ámbito etéreo, poblado solo de caricias. En este sentido decía Mérimée que la felicidad es como un deseo dormido. Pero esto es un grave error. Nuestro organismo no funcionaría si el medio en torno no lo excitase e irritase. Toda función vital es la respuesta a una excitación, a una herida que el contorno nos hace. La ausencia de presiones, de problemas, apagaría nuestra vida. Porque es verdad que nuestro vivir es un constante aceptar de heridas y un responder enérgico a esta benéfica vulneración. Ni un individuo ni un pueblo puede vivir sin problemas. Al contrario, todo individuo, todo pueblo vive precisamente de sus problemas, de sus destinos. La vida histórica es una permanente creación, no es un tesoro que nos viene de regalo. Para crear hay que mantenerse perpetuamente en entrenamiento. Y conviene recordar que la palabra “entrenamiento” no es sino la traducción del vocablo *askesis* (‘ascetismo’), que usaban los griegos en los juegos atléticos y con el cual denominaban el régimen de difíciles ejercicios a que se sometían para mantenerse en forma los deportistas. Los místicos de la Edad Media tomaron este vocablo del deporte y la vida pagana y lo aplicaron a la actividad del hombre que, mediante un constante ejercicio, procura mantenerse en estado de gracia para hallarse “en forma” y lograr la beatitud.

Pues bien, este ascetismo, este constante entrenamiento, es el único capaz de hacernos crear. Hay que mantenerse en un constante entrenamiento; pero no basta para sostenerlo la buena voluntad. Es preciso que las circunstancias constantemente nos inciten; un pueblo no se pone en pie y logra disciplinarse simplemente porque alguien, un buen día, se lo quiera sugerir, sino que, por el contrario, tiene que sentir a toda hora en su carne multitudinaria el aguijón de los problemas nacionales, el espolazo de su destino. No hay destino tan desfavorable que no podamos fertilizarlo aceptándolo con jovialidad y decisión. De él, de su áspero roce, de su ineludible angustia, sacan los pueblos la capacidad para las grandes verdades históricas. No se dude de ello: en el dolor nos hacemos y en el placer nos gastamos.

Así es como sentiría yo, si fuese chileno, la desventura que en estos días renueva trágicamente una de las facciones más dolorosas de vuestro destino. Porque tiene este Chile florido algo de Sísifo, ya que, como él, vive junto a una alta serranía, y, como él, parece condenado a que se le venga abajo cien veces lo que con su esfuerzo cien veces elevó.

Pero ya que he aceptado este homenaje, que vuelvo a calificar de exorbitan-

te, sobre todo después de las palabras superlativas con que el señor presidente lo ha subrayado, tengo la obligación de hacerlo breve.

Sería una situación delicada para mí preocuparme de hablar ante ustedes de asuntos referentes a la ocupación que generalmente llena los ámbitos de esta sala. Solo quisiera indicar dos puntos, a mi juicio esenciales, en la situación política del mundo y especialmente en la de estos países nuestros de razas tan calientes.

Se dice, desde hace algunos años, que ha acabado la política de ideas, se dice con verdad, pero ¿por qué se dice también con romántica melancolía? ¿Qué es esa famosa política de ideas? Es preciso que retrotraigamos la mirada a algunos siglos atrás. Las naciones que son para vosotros modelos, por ser las que habéis hallado en la plenitud de su desarrollo, cuando a nueva vida nacieron estos países, se hicieron allá en la Edad Media, pero no como fruto de las ideas, de la inteligencia. Durante la Edad Media se van fraguando las naciones europeas merced a obras, a virtudes, al coraje, al esfuerzo y constancia, que no suelen ser las características de los intelectuales. Es ese el tiempo en que dominan los guerreros y sacerdotes, con las virtudes propias de su gremio, y entonces se van formando, año por año, centuria por centuria, esos acordes magníficos de la humanidad que han sido las naciones de Occidente.

Entre tanto, germina y se prepara en los rincones de los claustros y de las universidades municipales el pensamiento, la inteligencia que tiene en el Renacimiento la primera fiesta de su madurez. Pero crece tanto esta inteligencia, va sintiéndose tan poderosa, que llega, sobre todo en el siglo XVII, era de la construcción de los grandes sistemas racionales de Descartes, Spinoza y Leibniz, a creer que puede tanto como Dios, que puede deshacer y reconstruir el templo del mundo. De aquí que, desde entonces, se apodere de los intelectuales un afán de intervenir en la vida pública. No les bastan sus gremiales actividades y empiezan a reformar la sociedad.

Hay un momento de evidente orgullo en la historia de la inteligencia, que cree poderlo todo. Cuando en la Edad Media un plebeyo era herido y vejado por un noble, procuraba lo más pronto obviar la dificultad, vengarse de ella; pero en la edad del reformismo, en vez de corregir el concreto abuso, se prefiere meditar cómo debiera ser el mundo todo para que ese vejamiento fuera imposible. Esto último es lo que constituye el reformismo. Entre 1750 y 1900, el mundo del Occidente retiembla en intentos de reforma. Esta fue la política de ideas. En ella la idea no cumple su misión de reflejar pulcramente la realidad social, sino que,

como dirá Fichte, que ha sido siempre el *enfant terrible* del pensamiento occidental, es decir, el que expresaba claramente lo que otros callaban, la misión de la realidad es copiar nuestras ideas.

¡Política de ideas! Una política que, vuelta de espaldas a la realidad, quería imponer no ideas políticas, sino éticas, jurídicas, religiosas, *more geometrico*. La Revolución francesa, que yuguló a los príncipes, cometió la inconsecuencia de poner en el trono a los principios; principios, repito, que no eran políticos, sino abstracciones puras, morales o jurídicas. Esto es lo que no puede ser.

Frente a tales principios de reformismo; frente a estos ensayos que la inteligencia ha hecho de abandonar su propia profesión y querer mandar en la sociedad, reformando el cosmos social, se inicia en todas partes un principio de conformismo, el cual no implica una renuncia a la reforma, sino que pretende primero hacerse cargo de cuáles son las leyes de estructura de la sociedad para respetarlas, porque eso es lo que no se puede reformar. Es menester asegurar la reforma parcial empezando por reconocer las líneas dinámicas de la arquitectura del mundo, y especialmente del mundo de los hombres, de la sociedad.

No puede ocurrir que esa vieja política de ideas, tan orgullosa, producto del orgullo, de la soberbia de la inteligencia, pudiera terminar sin época de transición dura, difícil, en que parece que la política no va a tener ideas. Esto es lo que caracteriza a la situación actual en todo el mundo; situación que acepta valerosamente la condición del momento y conoce y se sabe perfectamente como transitoria. Toda situación política tiene que ser institucional, tiene que vivir con ideas, pero esas, siendo ideas políticas puras, estrictamente políticas, servidoras de la realidad, anhelantes de sujetarse a ella, son las que hoy procuran elaborar en el rincón pacífico de las meditaciones los estudiosos de mi generación.

Nueva política de ideas tiene que venir, y esta es la alta, difícil misión que en vuestras manos está por lo que afecta a vuestro pueblo. Porque esa nueva política de ideas, nada abstractas, no puede consistir en instituciones ubicuas que puedan trasladarse de un pueblo a otro pueblo como si las sociedades no tuviesen destinos particulares, y es necesario que vosotros extraigáis con propia intuición del destino singularísimo de vuestro pueblo el perfil de vuestra futura constitución.

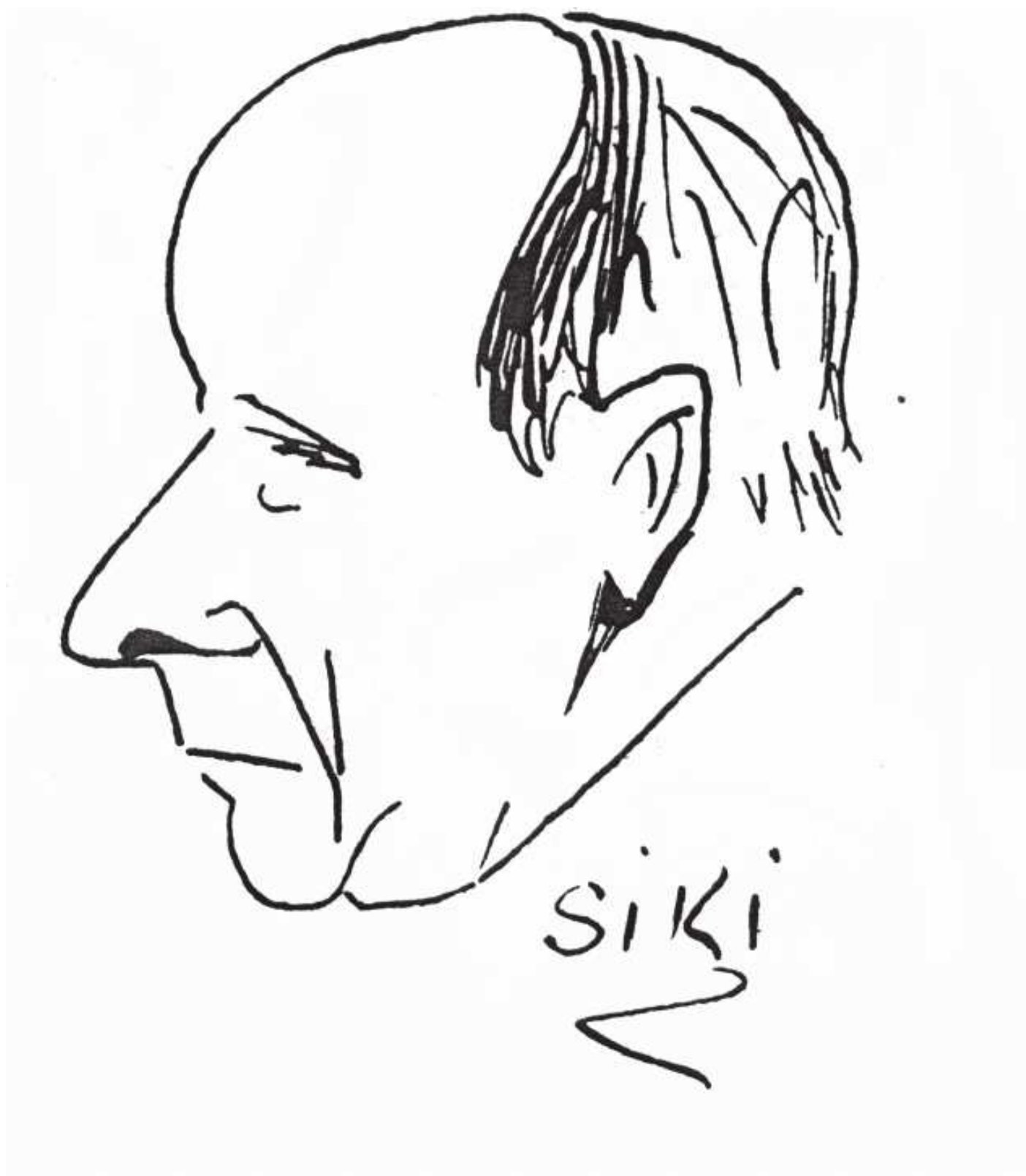
Otra advertencia, la última que quería hacer, es aquella en que tanto de los políticos españoles como de los de estos pueblos de la misma temperatura, exigen

mayor generosidad. Nuestras sociedades tienden siempre a que todo en ellas se convierta en política, y entonces acontece que nuestras sociedades viven solo de un centro creador de historia, la política, y, cuando, como es forzoso, nuestras sociedades carecen de otras instancias y centros de equilibrio a los cuales recurrir, esa otra instancia, ese otro poder espiritual que forzosamente tiene que compensar el exceso de inclinaciones, la proclividad hacia la pasión política de nuestra raza, tiene que ser la vida intelectual.

Es cierto, no os hagáis ilusiones: la pura inteligencia es enemiga del puro político; se reparten dos funciones diferentes y, si son fieles cada cual a su misión, es natural que entren en colisión. Sin embargo, de vuestras resoluciones hay que esperar que favorezcáis, que trabajéis por que en estos pueblos exista, frente al centro político, un epicentro de serena vida intelectual, que creéis instituciones, que hagáis sacrificios para que en ellas se vaya formando una minoría ejemplar, la cual en todo instante pueda servir de indicadora, alentadora y correctora. Pido, pues, anhelo, deseo y espero que en el futuro de Chile los políticos favorezcáis, animéis, corroboreis la vida intelectual.

Después de dicho esto, y habiendo tenido ya demasiado tiempo alerta la atención benévola de ustedes, no debo sino retirarme añadiendo tan solo que, a pesar de ser tan breve mi permanencia en Chile, me voy de esta tierra colonizado, con nostalgia y con un afán de retorno.

Boletín de Sesiones Ordinarias, Tomo III (1928), Cámara de Diputados, Santiago de Chile, 1929. Sesión 76.^a, ordinaria, correspondiente al martes 4 de diciembre de 1928.



Siki. *El Imparcial*, Santiago de Chile, 6 de diciembre de 1928.

Para mí, Chile es uno de los
pocos países deliciosos que
quedan

Hállase nuevamente entre nosotros don José Ortega y Gasset, después de haber permanecido varias semanas en la capital de Chile. Fue allí reclamado, según informamos, por la Universidad y otros centros culturales que, no habiendo conseguido atraerle, por premiosidades de tiempo, durante su primer viaje de hace años a Buenos Aires, esperaban ahora ávidamente el festejo intelectual de su palabra. Puede, pues, calcularse la atmósfera de cálida expectación que esperaba en Santiago al ilustre conferenciante, y en cuanto al éxito allí obtenido y a los homenajes que se le han tributado, de ellos ya tienen una noticia sumaria, aunque puntual, nuestros lectores por intermedio de los despachos insertados en estas columnas.

Sin embargo, deseosos de ampliar esas noticias y aun de obtener otras más íntimas, aquellas impresiones experimentadas por el viajero en su primer contacto con la tierra y los espíritus chilenos, celebramos ayer, apenas desembarcado, una conversación con el señor Ortega y Gasset. Con su verbo fácil, y en todos momentos elocuente, con esa especial manera suya de sistematizar las impresiones volanderas, engarzándolas con el hilo tenso de las metáforas, el admirado profesor español nos brindó una síntesis palpitante de las emociones más memorables que ha dejado en su espíritu el reciente viaje.

—Aunque he estado enfermo casi todo el tiempo —comenzó diciéndonos el señor Ortega y Gasset—, aunque el clima chileno ha rozado mi sistema nervioso con la misma esquivez que el de Buenos Aires, he podido desarrollar íntegramente el programa que llevaba trazado. Pronuncié dos conferencias en el gran salón universitario de Santiago, además de varias lecciones de seminario. Hice, además, una conferencia en el Teatro Municipal de aquella capital, viéndome forzado a hablar, contra mi voluntad, en tal recinto, porque la abundancia y la sollicitación de un vasto público así lo exigían.

“¿Cómo condensar ahora, en pocas frases, el efecto que en mí ha causado la tierra chilena? Para mí, Chile es uno de los pocos países deliciosos que quedan. Si no temiera ser tachado de hiperbólico, diría que es tal vez el único. ¿Cómo explicar esto? Yo llamo país delicioso al que se ocupa en la delicia de vivir, y no solo en la industria, en la guerra o en la vanidad. No dudo que un espíritu como Stendhal hubiera sido feliz en Chile, ya que él sólo estimaba los pueblos –de ahí su devoción por ciertas ciudades italianas– por su altura, por su maestría en el *art d’être heureux*. Como un número imprevisto del programa de mi estada en Chile, he asistido a un temblor de tierra. Los temblores completan el estilo admirable de la vida chilena, que es dulzura y dramatismo, naturalidad y emoción. Por eso, porque sabe ser natural, Chile es uno de los pocos lugares del orbe donde se posee aún el sentido de la auténtica elegancia. Entre paréntesis, como un detalle complementario, agregaré que he conocido allí algunas de las mujeres más efectivamente elegantes que existen. La mujer chilena es, a mi juicio, una modulación admirable de la criolla en general. En unión de la mujer argentina, es, acaso, la forma más maravillosa de feminidad que existe en Occidente.

“Volviendo a expresar el encanto de la vida chilena, señalaré que, como único defecto de tal dulzura, solo veo el de la imprecisión. Una hora no tiene allí sesenta minutos, sino los que buenamente quieran atribuírsele. Tal vez, en resumidas cuentas, no es eso un defecto, sino más bien una superioridad, un triunfo sobre el tiempo. ¿No era Manzoni quien definía la historia como *una guerra illustre contro il Tempo*?

“Así como Buenos Aires influyó sobre el desarrollo de mi pensamiento, así también he aprendido mucho de la sociedad chilena. Algún día explicaré con más calma que la que permite una rápida conversación periodística, cuando aún se tiene la retina traspasada de paisajes, eso que he aprendido en Chile. Son modos de vivir y modos de reaccionar espiritualmente ante la vida.

“En cuanto a los aspectos vitales e intelectuales de Chile, quiero que la reflexión repose y esclarezca mis impresiones antes de manifestarlas con extensión. Me limitaré a señalar que en Chile, sin mengua de las características antes señaladas, se trabaja mucho, y que el país, dentro de sus limitaciones, asciende en fuerza económica y en organización. La Universidad y, en general, la instrucción pública progresan aceleradamente, con una orientación segura.

“En lo espiritual, y si me atengo a algunos síntomas que he podido palpar en el ambiente, Chile me parece uno de los países donde una nueva generación

intelectual puede ejercer un influjo más decisivo sobre el resto del país”.

El lunes reanudará sus conferencias

Don José Ortega y Gasset reanudará el lunes próximo las conferencias que venía dictando en la Facultad de Filosofía y Letras. Disertará dicho día sobre “Intuición y dialéctica”. El 26 tendrá lugar la cuarta y última conferencia, que versará sobre “La historiología”. Dichas conferencias tendrán lugar a las 15:30 y será requisito indispensable para tener acceso al salón la presentación de la tarjeta que fue oportunamente distribuida.

La Nación, Buenos Aires, 20 de diciembre de 1928.